

# Andrés Neuman

## Bariloche



Lectulandia

Demetrio Rota, recogedor de basura de Buenos Aires, duerme por las tardes y monta puzzles por las noches antes de marcharse al trabajo. Su vida cotidiana es mediocre y se mantiene en equilibrio por puro agotamiento. Sin embargo, a través de los puzzles, Demetrio revisa y encaja su propia memoria. Al final del recorrido por su historia, el presente parece devorar a Demetrio hasta dejarle sólo el vacío de sí mismo y de la miseria diaria. Parábola de la memoria y del deterioro, «Bariloche» plantea la confusión entre los recuerdos asombrados de la adolescencia y una conciencia escéptica, entre la idealización imposible de la naturaleza o del primer amor y la asfixia moral y física de las grandes ciudades, entre el desarraigo y el retorno al origen, con un lenguaje fascinado tanto por el lirismo como por la podredumbre.

**Lectulandia**

Andrés Neuman

**Bariloche**

ePub r1.0

Un\_Tal\_Lucas 07.10.16

Andrés Neuman, 1999

Editor digital: Un\_Tal\_Lucas  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

---

A mis padres, por el sur.

A Justo Navarro, con la emoción del frío.

## Prólogo *Neuman, tocado por la gracia*

Entre los jóvenes escritores que ya han publicado su primer libro, Neuman quizá sea el más joven de todos y su precocidad, que aparece ornada de relámpagos y hallazgos, no es su mayor virtud. Nacido en Argentina en 1977, pero criado en Andalucía, Andrés Neuman es el autor de un libro de poemas, *Métodos de la noche*, publicado en Hiperión en 1998, y de *Bariloche*, una excelente primera novela con la que quedó finalista del último Premio Herralde.

La novela trata sobre un recogedor de basura de Buenos Aires que en sus ratos de ocio se dedica a armar puzzles. Tuve la oportunidad de formar parte del jurado de este premio y la novela de Neuman me subyugó, si es posible utilizar este término de principios del siglo veinte, y me hipnotizó a partes iguales. Ningún buen lector dejará de percibir en sus páginas algo que sólo es dable encontrar en la alta literatura, aquella que escriben los poetas verdaderos, la que osa adentrarse en la oscuridad con los ojos abiertos y que mantiene los ojos abiertos pase lo que pase. En principio, esa es la prueba (y también el ejercicio y la torsión) más difícil y Neuman, en no pocas ocasiones, lo consigue con una naturalidad que da miedo. Nada en sus páginas suena a impostado: todo es real, todo es ilusorio, el sueño en el que se mueve como un sonámbulo Demetrio Rota, el basurero bonaerense, es el sueño de la gran literatura y su autor lo escancia con palabras y escenas precisas.

Cuando me encuentro a estos jóvenes escritores me dan ganas de ponerme a llorar. Ignoro el futuro que les espera. No sé si un conductor borracho los atropellará una noche o si de improviso dejarán de escribir. Si nada de esto ocurre, la literatura del siglo veintiuno les pertenecerá a Neuman y a unos pocos de sus hermanos de sangre.

ROBERTO BOLAÑO,  
marzo de 2000

(artículo incluido en *Entre paréntesis*; Barcelona, Anagrama, 2004)

«Así es como sobreviven los agotados».

JOHN BERGER

«Vivimos igual que soñamos: solos».

JOSEPH CONRAD

«Arena que la vida se llevó».

HOMERO MANZI

**Bariloche:** c. emplazada sobre la orilla merid. del lago Nahuel Huapi, prov. de Río Negro, 41° 19' lat. S, 71° 24' long. O. Limítrofe con prov. de Neuquén. Estación sismográfica. Accid. más imp.: cerro Catedral y monte Tronador.



# I

Eran las cuatro en punto cuando Demetrio Rota iluminó débilmente la noche con su traje fluorescente. Casi sin pensarlo, dejó caer un escupitajo entre los barrotes de una alcantarilla. Se complació en acertar. La bocanada húmeda del Río de la Plata llegaba desde el puerto, remontaba Independencia y se iba atenuando hasta llegar a la 9 de Julio; a partir de ahí, el aliento invernal de Buenos Aires campaba a sus anchas: espeso, continuado, corrosivo. El frío era lo de menos.

Junto al camión, que despedía un hedor cálido a motor y residuos, a cáscaras de naranja, yerba mate usada y combustible, Demetrio Rota y su compañero tiritaban con esquimal indiferencia. Tirame esas bolsas, tirámelas, le gritó el Negro. Demetrio no escuchaba. Miraba la alcantarilla y se estaba quieto y con los hombros encogidos como si se hubiera olvidado de bajarlos. Pero dale, vamo, qué hacés ahí. Ahora Demetrio sí lo había escuchado, pero permanecía aún inmóvil, con las bolsas a sus pies igual que un ejército de sucias mascotas. Mirá que son y cinco eh, después nos jodemos los dos Demetrio. Entonces él suspiró y se agachó para lanzarle la primera bolsa al Negro. La alcantarilla insinuaba un lejano discurrir al fondo.

## II

¿Viste qué humidá?

De vez en cuando el Negro se desatascaba la nariz con un ruido que irritaba particularmente a Demetrio. Con el amanecer sin sol, el cielo iba tomando el color desteñido de junio. Demetrio estaba seguro de que el cambio de estación influía en el Negro, que se volvía más imbécil y más charlatán. En cuanto a él, dependía: algunos días se quedaba callado, y otros disfrutaba hablando de fútbol y de los fines de semana o de las mujeres que pasaban cuando el día comenzaba a levantar la cabeza. Demetrio prefería sin dudarle a las rellenitas, no le gustaba nada esa moda de las chicas puntiagudas. Al Negro sin embargo no le pareció tan mal la muchachita de falda a cuadros. Mirá qué rica la pendeja, esas te muestran todo aunque se caguen de frío. Bah, demasiado flaca, objetó Demetrio.

Al fondo de la calle Bolívar había un bar feo y barato, con las mesas desparramadas y algunas sillas alrededor como dejadas al azar. En una de ellas solía desayunar un jubilado menudo y alegre a quien ellos dos conocían como el Petiso. El camarero lo nombraba con un reverencial *don*, aunque el Petiso jamás bebiera otra cosa que vino tinto de la casa. A ver mozo, sírvanos por acá que hoy venimos apurados, anunció el Negro como si el local estuviese repleto. Demetrio seguía pensativo. Esa mañana habían ido lento; llevaban casi quince minutos de retraso y sólo pudieron pedir café con leche fría. El Petiso los despidió sacudiendo un diario atrasado.

El recorrido estaba a punto de concluir puntualmente gracias a la destreza del Negro. Demetrio se sentó al volante y sintió que recuperaba el orden de la mañana: quitarse los guantes ayudaba, porque los dedos volvían a sentirse dedos y reconocían la misma vieja piel de las cosas. Miró por el retrovisor al Negro, que recogía las últimas bolsas con cierto orgullo de malabarista. Lo observó con cariño y sonrió levemente y luego advirtió cómo se iba sintiendo mejor, casi bien, mientras ponía otra vez el camión en marcha. Ahora regresaban al vertedero para descargar. En cuanto lo hicieran, el Negro se marcharía corriendo al otro trabajo, y sólo por la tarde volvería a su casa para almorzar con su esposa y comprobar de reojo cómo iban creciendo sus dos hijos. Demetrio, en cambio, alquilaba un apartamento angosto cerca de Chacarita, y después del almuerzo solía pasar la tarde durmiendo. Después, a eso de las ocho, se levantaba, cenaba cualquier cosa y se asomaba a la ventana durante un rato, mirando los coches e imaginando que se desplazaban solos, sin nadie dentro, o eligiendo al azar una azotea para verse a sí mismo volando y tendiéndose bocarriba, de cara al cielo fresco y vacío de estrellas, hasta que se aburría y entonces se sentaba para poner manos a la obra.

### III

Un erial salpicado de inmensas flores rojas, ninguna exactamente igual a las demás. Con la hierba apretada y la resuelta luz del mediodía, todo adquiere el aspecto de una suave bandera. A un lado, no tan cerca de la cabaña, se despliega el lago. Su destello uniforme va perdiéndose hacia la cordillera. De las montañas todavía no puede verse mucho: apenas un esbozo de sus picos, enormes dedos índices apuntando al espacio y señalando cuál es la trayectoria intransitable. La cabaña era el clásico modelo alpino con dos ventanas breves, no del todo regulares. Dos gatos, mientras tanto, jugaban a arañarse y a quererse mezclando sus colores. La corteza en los troncos, ancestral, parece el testimonio único del tiempo entre tanta agua eterna y tanta flor que muere joven.

## IV

El camión no sonaba bien al arrancar. Demetrio lo notó enseguida y se lo dijo al Negro, que hizo un gesto despreocupado y le indicó que arrancase. Vos decí lo que quieras Negro, vas a ver que este chiche nos deja plantados. El motor tosió un poco y el camión empezó a moverse.

El sueño le emborronaba el pavimento a Demetrio, los semáforos teñían las simetrías del tráfico. A su lado, el Negro lo miró y no dijo nada. Sabía que, a medida que la madrugada se fuera disipando, la vitalidad de Demetrio iría en aumento y sus ojos comenzarían a irradiar una ansiosa lucidez. Sus respuestas se harían menos lacónicas y, al acercarse la hora de volver al vertedero, el Negro casi lamentaría tener que separarse de su compañero. Ya estaba acostumbrado a sus transformaciones: al principio, un sonámbulo; después, esa indolencia tan suya; más tarde, una reacción a la par de la mañana; y, por último, una locuacidad desesperada, cierta urgencia al subir y bajar o al gritarle algo a alguna chica por la ventanilla.

Habían desayunado bien, pero Demetrio sentía un pozo en el estómago. Imaginaba su almuerzo mientras caminaba. El tacto y el olfato se le erizaban y se hacían presentes en cada movimiento. Tenía la lengua como reblandecida. Patatas ardientes, unos tomates llenos de rojo, un filete jugoso y obscuro, después zambullirse en la cama, restregar el rostro, los muslos contra las sábanas, sonreír extenuado; después la inconsciencia. Demetrio abrió la puerta del edificio. Al final del pasillo comprobó que el ascensor seguía fuera de servicio. Soportó los empinados escalones hasta llegar al sexto. Cuando entró en su apartamento, una difusa sensación de calma le acarició la mente.

## V

A las ocho menos cuarto abrió los ojos y se topó con la oscuridad. Se incorporó con los músculos doloridos. Exhaló varias veces, se calzó unas zapatillas, se arrastró hasta la cocina. Calentó café y se sirvió una generosa taza. Sin probarlo, se acercó a la ventana para ver pasar los coches. Las luces de los negocios relucían como boyas delimitando un naufragio. Los transeúntes caminaban con pasos de regreso.

Sorbió el café con lentitud, sintiendo su recorrido. Quiso imaginar un efecto benévolo. Obtuvo algo de satisfacción. Dejó la taza en el fregadero y se sentó frente a la mesa de la sala, mientras tomaba entre las manos la caja rectangular.

Detrás de la cabaña, varios pinos saludaban con sus delgados brazos. La vertical paciencia de los troncos, los tablones paralelos, la ondulación del lago y los senderos mantenían un diálogo de absorta geometría. Los haces luminosos repartían con equidad las sombras.

Demetrio contempló el hueco del vértice superior izquierdo: parecía un mordisco de Dios. Metió la mano en la caja y desparramó un puñado de piezas sobre la mesa. Con los dedos medio, índice y pulgar se presionó los ojos y los fue soltando, sin abrirlos. Aún podía ver la cabaña, los senderos confundidos con el lago, fragmentos encendidos tras los párpados. Volvió a mirar el paisaje. Escogió al azar una pieza, calibró su color y aventuró el lugar: encajaba. Bien, bien. No faltaba demasiado. Probó con otra, sin suerte. Se levantó y se acercó a la ventana. No vio a nadie por la calle. Era raro vivir en Chacarita. Ahí la noche se hacía notar con todo su peso, con su extraño silencio después de un día entero de idas y venidas y autobuses y murmullos y tiendas abiertas y vendedores de garrapiñada en las esquinas, tan distinto de como habían sido las cosas antes. Alguna vez, hacía mucho, había vivido en Lanús, donde los vecinos eran cómplices o al menos enemigos, donde cada perro podía ser identificado y donde las calles eran un pretexto para que los niños se desparramaran. En Lanús casi nadie tenía dinero para pintar su casa o irse a la playa en verano —qué linda la playa— ni para comprarse la ropa con que se conquistaba el mundo. Antes de antes, él había estado más lejos, mucho más lejos de la capital y sus turbulencias: allí donde las cosas crecían con júbilo y envejecían con calma. A Demetrio le había tocado el júbilo. Aprender a nadar en el Nahuel Huapi, aprender a no congelarse en el Nahuel Huapi y conocer el silencio del Nahuel Huapi, ir a una escolita de ladrillos cerca de Llao Llao, jugar a la pelota en cualquier parte. Allí los arrayanes eran únicos y el chocolate sabía, remotamente, a la Europa de la nieve.

Despegó la vista de la calle y contempló de pie el paisaje de la cabaña. Sacudió la cabeza. Al estirarse sintió un cosquilleo reconfortante y una repentina lucidez, como si de pronto le hubiesen cambiado las horas. Volvió a la mesa: en el cielo seguía

faltando la parte más importante.

## VI

Mientras descansaban sentados en el borde de la acera, Demetrio diseccionaba una de las bolsas. Estaba medio abierta y olía a algo entre amargo y podrido. Sin asco, metió dos dedos y espió en su contenido. Podían verse varias botellas verdes y trozos de carne picada o quizá masticada por algún perro; la mezcla estaba rociada con algún tipo de lácteo. Demetrio soltó la bolsa, defraudado. Esa era otra de las costumbres que el Negro no acertaba a comprender, pero que respetaba silenciosamente. Había mañanas en las que Demetrio mostraba ante los residuos una distancia cercana al repudio, mientras que otras mañanas llegaba distinto, con una calma alarmante, y entonces se ponía a indagar en las bolsas con una meticulosidad de relojero.

De pronto Demetrio se detuvo; hurgó un poco más y se concentró en alguna zona del interior de la bolsa. El Negro no habló, pero sabía que Demetrio lo haría enseguida y esperó. Extrayendo unos cuantos objetos de la bolsa, Demetrio lo miró de reojo y extendió su mano derecha. El Negro se asomó y vio que los guantes de Demetrio sostenían una pequeña cabeza pelirroja, un torso sin brazos y una piernita izquierda que aún evocaban cierta antigua morbidez. El resto no estaba, al menos no en esa bolsa, y tampoco parecía sensato esperar que estuviera repartido en otras bolsas. Demetrio murmuró: Te das cuenta Negro, te das cuenta. El Negro miró la cabeza descolorida, la piernita exenta, el torso minúsculo, y luego clavó sus ojos en los de Demetrio, confiando en que ese fuera un asentimiento apropiado. Entonces Demetrio recogió dos o tres trozos de cáscara de naranja, envolvió con ellos los fragmentos del muñeco y volvió a guardarlos en la bolsa cuidadosamente.

La confusión del hambre y el sueño componían un raro sabor blando que Demetrio paladeaba al tragar saliva. Paseaba hacia su casa como si se dirigiese hacia otra parte. Se había bajado un par de paradas antes de la suya, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando alcanzó la estación Lacroze y pudo ver a su izquierda, rígido y tenaz, el cementerio de Chacarita, le pareció que no había caminado aún lo suficiente, que aquel paisaje le llegaba demasiado pronto, que debía haberse bajado mucho antes o acaso haber hecho todo el trayecto a pie. Se quedó observando cómo emergían las personas de la boca de metro: salían vomitadas a la calle y seguían dando pasos a la intemperie. Demetrio sintió por un instante la necesidad de bajar las escaleras y adentrarse, recorrer por debajo las calles del barrio. Reanudó sin embargo la marcha, bordeó el cementerio y dobló a la derecha un poco antes de la estación Tronador. Las piernas y los párpados le pesaban lo mismo.

Durante la tarde se despertó en dos ocasiones. Una vez se orinaba; la otra simplemente había abierto los ojos. No se entretuvo demasiado mirando por la

ventana. Se sentó frente a la mesa de la sala y sopesó las diminutas formas. Los reflejos ausentes en el lago se presagiaban fáciles y Demetrio no se preocupó por ellos. Sólo seguía turbándolo aquel agujero en el cielo. Desplegó un puñado de piezas sueltas y fue tocándolas una a una con el dedo índice, buscando su perfil más propicio. Las flores no estaban completas, pero Demetrio las miró y las olfateó, palpó sus pétalos. Quiso perseguir a los gatos; comprobó su rapidez y desistió. El aire le perfumaba la respiración y la volvía casi material. Cerró los ojos y oyó una voz que lo nombraba: dudó si acudir o escapar. De pronto echó a correr y se revolcó en la tierra que conducía al pueblo, embadurnándose las rodillas y las palmas de las manos, percibiendo la serena proximidad del lago y cómo una voz lejana repetía cansinamente el nombre que él tanto detestaba.



## VII

Lluviosa a ratos, discontinua, esa madrugada había conseguido tornar extraña la recogida. La sucesión de los minutos, el alquitrán lavado de la avenida Independencia, la mansedumbre del plástico residual que en vez de resistirse con su peso parecía contribuir a que lo levantaran y reuniesen, todo insinuaba otro orden y respiraba distinto. En cuanto al camión, era en efecto otro: el de siempre estaba siendo destripado por los mecánicos de la empresa y permanecería unos días fuera de servicio. Los neumáticos araban la suciedad mojada de la estrecha Defensa, calle de recorrido torpe y trabajoso. Recoger en el último turno tenía una ventaja, pensaba Demetrio: se podía presenciar la gestación de la mañana, el origen de todas las cosas que irían formando el entramado de aquello que llamaban día hábil, esas horas que Demetrio podía apenas atisbar mientras volvía al centro desde la montaña madre de los desperdicios, o mientras esperaba el 93, que lo llevaba hasta Chacarita para devorar su almuerzo precoz y entregarse rabiosamente al sueño.

A eso de las seis habían encontrado a un niño escarbando entre la basura, sosteniendo la lluvia gris sobre sus hombros. El Negro le había preguntado si no tenía un papá o un hermano mayor que lo ayudara, cómo iba a estar haciendo eso tan temprano y tan solo. A mí acá no me manda nadie y a ustedé qué le importa si ando solo, no ve que al final ustedé hace lo mismo que yo y encima es un jovato, yo cuando sea grande voy a robar un banco y me voy a ir lejos pero bien lejos, a una playa con sol todo el año. Vos pibe mejor vení para acá conmigo que te llevamos a morfar algo y a tomar el café con leche, qué joder. Lo habían sentado a una mesa del bar de la calle Bolívar, el Petiso los había mirado extrañado y había levantado su primer vaso vacío de la mañana. A ver mozo pongalé al pendejo uno con leche y una medialuna, ¿no?, una medialuna o un ságuche si él quiere. ¿Es su hijo? ¡No, qué va a ser mi hijo, gilastrún, qué te creés que lo voy a hacer madrugar para traerlo a remover mierda conmigo!, andá callate hacé el favor, y andá sabiendo que yo a mis pibes los visto con humildá eso sí pero limpitos. ¿Querés un ságuche de jamón y queso? El niño asintió con la prudencia de quien conoce la improbabilidad de los favores en San Telmo a las siete menos cuarto de la mañana. Y de algún modo, intuyó Demetrio, el niño tenía razón: más que darle de comer a él, el Negro saciaba una oscura aprensión que tenía la monstruosa cara de sus dos hijos, o acaso la suya propia.

En el trayecto hasta el vertedero no habían cruzado una palabra. El Negro conducía y Demetrio contaba las gotas del cristal. El camión nuevo sonaba bien y andaba fácil y probablemente era mucho mejor que el ancestral Mercedes fuera de fabricación que los acompañaba hacía tanto, pero les resultaba demasiado ajeno como para encariñarse. Demetrio miró al Negro y lo vio lívido. Te digo Negro que no

hiciste ninguna macana echándolo a patadas al pendejo, qué carajo ibas a hacer, no lo ibas a dejar que encima de pagarle el desayuno te afanara la billetera, no te hagás más mala sangre, dale. El Negro estaba lívido.

Apagaron el silencioso motor del camión nuevo y se bajaron. Todavía caían unas gotas escuálidas que no llegaban a mojar sus trajes fluorescentes. El encargado les dijo que un momento. Cuando otro camión como el suyo dio media vuelta y se marchó al hangar, el hombre les hizo una seña y ellos volvieron a arrancar y avanzaron hasta el abismo vallado para descargar los cientos de kilos de desperdicios que apenas podrían calmar la voracidad de aquella garganta hedionda. Antes de despedirse del Negro, Demetrio abrió la guantera del camión y sacó dos deformes trozos de cuero áspero con una cremallera vertical. ¿Y eso qué mierda es, Demetrio? Él le acercó las botas a la cara para que las viera mejor. El Negro se encogió de hombros.

## VIII

Rompiendo su costumbre, se duchó antes de cenar. Dejó que el agua redimiera sus poros con los ojos cerrados, escuchando la monótona plegaria del chorro. Mientras se enjabonaba examinó su cuerpo: tenía más vello que hacía unos años, y sin embargo la piel parecía más indefensa que antes, menos dispuesta; los muslos aún conservaban cierta forma de trapecio y un aceptable volumen que lo animó a seguir inspeccionando; observó la maleza del pubis, de la que resbalaba el miembro, replegado sobre sí mismo como una extraña larva. Más bien por orgullo, lo sacudió un poco y esperó a verlo erguirse perezosamente. Entonces cerró el grifo y se secó.

En vez de cenar enseguida, permaneció absorto frente a la ventana, intentando rescatar algo de esa volátil sensación de bienestar que había experimentado antes de acostarse, esa vaga satisfacción que lo predisponía a la benevolencia y que volvía deseables las necesidades más elementales —comer, dormir, cagar— a la vez que hacía parecer necio aquel mal humor de las primeras horas de la mañana. En algún momento, un escalofrío de realidad lo sacudió. Entonces fue a la cocina y se puso a masticar con método e indiferencia. Regresó a su cuarto para buscar unas botas de ajado cuero negro y las untó de betún, mientras imaginaba que estaba acariciando el lomo de algún potro exhausto, creyendo escuchar cómo los poros iban refrescándose con la humedad del ungüento. Contempló el maquillaje reluciente sobre aquella piel gastada y pensó que el azar le había hecho un guiño. Se calzó las botas con cuidado, notando su yerta deformidad.

Fue hasta la mesa de la sala y se sentó frente a la cabaña y el lago y los senderos. Estiró una mano y acercó un fragmento aislado de nubes, un ramillete de gases blancos y recortados: debía fusionarlo con el gran cielo. Calculó de dónde provendrían el reflejo lejano del Nahuel Huapi y las sombras sobre la puerta de la cabaña. Comprobó que no se equivocaba, que cierta voz firme y distante lo invocaba a intervalos regulares, mientras él se escondía detrás de un tronco que no era de arrayán y olía a tiempo. Cuántas veces había vadeado la orilla con sus botas negras, cuántos amenazadores vaticinios de pulmonías que jamás se cumplieron para mayor furia de aquel ceño siempre arrugado. Cortar leña había sido desde el principio la mejor excusa para la libertad, el hacha descansando sobre el hombro como si se dejase consolar, el filo haciéndole una cosquilla de fatalidad a un lado de la nuca. Esa misma hacha que tantas veces le había servido de emblema ante la chica pelirroja, la sangrante y hermosa de sonrisa invencible, la tímida con vocación de fuga pero a la vez con esa curiosidad voraz de los seres de fuego, ese asombro que él aprovechaba para lucir su hacha militarmente, procurando controlar los espasmos del deseo. Entre el escándalo orquestal de las aves, la monótona voz que lo reclamaba solía terminar

perdiéndose en un ridículo detalle.

## IX

Era lindísima y más grande que yo. Se vestía como los hombres del lugar, escondiendo el cuerpo lo más que podía. No vivía muy lejos, pero para mí ese trecho de tierra y a veces de barro era toda una ceremonia, una distancia que no podía recorrerse así nomás. Yo siempre me acercaba con un julepe terrible y a mitad de camino me desviaba para disimular, y entonces me acercaba al Nahuel y tiraba piedras pensando que no había ninguna necesidad de sufrir así, que mejor ya me volvía para la cabaña, cuando sin darme cuenta retomaba el sendero de tierra y el corazón me latía fuerte debajo de la campera. No le hacía caso al miedo y seguía avanzando mientras me imaginaba escenas de lujuria confundidas con el amor más ingenuo. Y de repente me la encontraba sola, sentada en algún tronco talado, ¡zas!, mi pelirroja. Le decía hola con la mano o agitando como un boludo el hacha, como si para cortar leña hiciese falta irse más allá del prado que rodeaba mi casa. No sé si la piba se daba cuenta o si de verdad andaba siempre tan distraída, pero me devolvía el saludo y esperaba a que yo me acercara con paso atolondrado. Si no hacía mucho frío paseábamos por el monte y antes de empezar a subir yo siempre me preguntaba si algún día me iba a animar a agarrarla por la cintura, bien canchero como nunca había sido, y entonces poder besarla de una vez y sin temblores.

## X

Esa madrugada Demetrio tuvo que esperar un buen rato al Negro en el hangar. Curioseando entre los camiones para ver si avistaba el suyo, notó que uno de ellos tenía un neumático desinflado. Oteó el enorme recinto, que parecía un tanatorio de elefantes, y comprobó que el encargado seguía distraído escuchando un transistor. Entonces se agachó de nuevo y desinfló con calma las demás ruedas del camión. Luego arrancó dos válvulas y se las guardó en el bolsillo. Vigiló otra vez al encargado y se acercó al camión adyacente. Esta vez desinfló bastante una rueda y la otra ligeramente. Enseguida pensó que había sido estúpido por su parte arruinar todos los neumáticos de un mismo camión, y a continuación se dijo que más estúpido aún resultaría que sospechasen de uno de los conductores, que conocían bien las penurias de movilizar aquellos mastodontes. Sólo entonces, después de haber actuado de manera instintiva, Demetrio intuyó el posible motivo de su conducta: hacer que los mecánicos se apresurasen a reparar su viejo camión, para poder ocuparse de los nuevos desperfectos. El hallazgo le resultó del todo convincente. Se sintió justo y redentor. Desinfló otros tres neumáticos más de distintos camiones.

El Negro llegó casi con veinte minutos de retraso, hecho tan insólito que Demetrio le dio un abrazo cuando lo vio aparecer agitando la barriga y bufando desde el otro extremo del hangar. ¿Qué pasó Negro? Pasa que mi mujer es una puta, eso pasa. ¡No digás eso, salame, si te quiere como una nena, lo sabés muy bien! Te digo que sí Demetrio vos nontendés, y apurate que nos van a cagar a pedos, dale vamo. Ta bien pero ahora me contás mejor porque estás diciendo boludeces Negro. Vos qué sabés. Cuando arrancaron el camión, Demetrio volvió a sentirse culpable por los neumáticos. Mientras salían del hangar el encargado los saludó asomando un brazo, sin despegar la oreja del transistor.

¿Pero vostás seguro Negro? Mirá que uno a veces piensa mal y después tiene que pedir perdón. El Negro sacudía la cabeza teatralmente. El Petiso pidió otro tinto y se rio solo. Hablame Negro, hablá. Pero qué querés que te cuente, no ves que la otra agarró y se cogió a un tipo y encima después va y se pone a lloriquearme, y yo como un pelotudo en vez de cagarla a trompadas voy y la consuelo, ya vas a ver cuando llegue a casa. Demetrio evocó a la esposa del Negro: unos pocos años más joven que él, con el pelo muy oscuro, siempre intentando hacer dieta y demasiado maquillada. No era en absoluto bella, pero tenía unos andares entre desamparados y provocativos que despertaban cierta ansiedad o nerviosismo en los hombres. Era una mujer astuta, una madre cariñosa y, sobre todo, lo peor: había estudiado más que su marido. No te enculés tanto Negro, no te das cuenta de que ella se debe sentir muy sola cuando vos no estás, tantas horas sin verte todos los días, a lo mejor ni te imaginás cuánto te

extraña la pobre. El Negro seguía meneando su cabeza redonda y bigotuda, aunque Demetrio creyó percibir un deshielo de duda en sus ojos, un aflojar la mandíbula.

## XI

En pleno ataque de hambre, Demetrio había recordado que el frigorífico de su casa estaba vacío. Al ver el menú fijo en la pequeña pizarra de coca-cola, se había tanteado el bolsillo del pantalón, sabiendo que apenas tenía suficiente y que no obstante entraría sin dudarlo. Le había especificado al camarero que la carne debía estar ligeramente pasada y que la ensalada tenía que ser sin cebolla y que, a ser posible, el café tuviera una mitad de leche fría. Ahora cruzaba, aturdido, la Plaza de Mayo hacia Alem, dudando si variar o no su itinerario de siempre. De pronto vio acercarse un 93 a toda velocidad; la siguiente vez que reparó en sí mismo se encontraba aferrado al respaldo de un asiento pegajoso, ahogándose entre el aluvión de pasajeros, mirando cómo la avenida del Libertador se estiraba y estiraba. Deseó estar en Chacarita y en su casa y en su cama, a punto de dormirse, creyó que sí, por momentos lo iba consiguiendo, pero finalmente tuvo que aceptar que el tráfico estaba imposible, que hacía calor pese al invierno y que a él lo pisaban, lo empujaban, lo pisaban.

Tanteó su casa como se palpa un refugio. Las baldosas de la cocina se tambaleaban de sopor. Fue al baño, meó gozosamente, se quitó los zapatos, acarició su almohada, respiró entre las sábanas, las sábanas empezaron a perder consistencia, fueron agua, fueron olas.

Cuando la taquicardia del despertador le hizo entender qué estaba ocurriendo, Demetrio se incorporó con una vaga nostalgia del mediodía. Manoteó al pie de su cama y localizó el cuero viejo de las botas negras. Se las calzó y fue a la cocina, coció un par de huevos, miró la hora: nueve y media. Tragó los huevos, que sabían a gomosa nada, y se acercó a la ventana una vez más. En sus tiempos de fumador, recordó, las calles tendían a dejarse contemplar, cada bocanada gris parecía coincidir con el pulso de los vehículos y las esquinas. Ahora que los cigarrillos eran la gentileza ocasional de alguien o un lujo ajeno, el trozo de barrio que enmarcaba la ventana no era el mismo, discurría más cansado, menos armónico, entre previsibles líneas que jamás llegaban a parecerse a aquellos dibujos volubles y azulados. Sin darse cuenta, suspiró como exhalando el humo de antes. Se apartó del tráfico y del neón ausente de los comercios cerrados.

Se sentó frente a la mesa de la sala. Observó el puñado de piezas y el cielo horadado del paisaje. Los huecos se iban volviendo inteligibles, las flores ya estaban completas y la hierba, descuidada y brillante, ocultaba sólo a medias la disputa de los gatos. Aunque la hora era clara, si se prestaba atención a las franjas del lago, podía adivinarse la próxima caída de la tarde. Demetrio conocía bien ese momento, y se miraba las botas como si fuesen una arrugada profecía. El cielo iba cerrándose.



## XII

Esa noche triste me cegó.

Las últimas horas de los viernes eran siempre las más libres, los viejos aflojaban un poco y nos dejaban volver tarde si uno había estudiado durante la semana. Yo no era de los más tragas, de esos nenes que decían sí mamá y no sabían ni dónde tenían los huevos, pero me las iba arreglando y los profesores no se quejaban demasiado de mí. Después de la merienda me gustaba bajar al Nahuel aunque hiciera frío, para mí el lago era un gran hermano de agua que me entendía sin pedirme nada. Aquella vez había bajado a tirar piedras a la orilla, iba con los pies húmedos adentro de las botas y no sabía bien qué hora era. Entonces veo de lejos acercarse una campera gruesa y un pelo inconfundible que era rojo como las tardes en el Nahuel, y yo me hago el boludo y sigo tirando piedritas, esperando a ver si ella me llama sin que yo la llame. Al principio me pareció que no, pero de repente ella agarra y me grita desde ahí che Demetrio, por qué no vamos un rato y fumamos en los troncos. Yo tenía pensado negarme un poco para hacerme el interesante, pero en vez de eso alzo los brazos como un pelandrún y corro por la orilla hasta alcanzarla.

Era bárbaro estar mirándola a la cara sin ponerme nervioso. Por lo menos los fagos eran algo que hacer y así hacíamos de cuenta que nos callábamos a propósito para fumar mejor, más concentrados. Ella estaba muy despeinada y los remolinos colorados le caían livianitos por los hombros. Qué linda cara tenés, pensé, y no se lo dije porque estaba fumando. Justo ahí ella se pone a toser, la pobre, la verdad es que tampoco era muy canchera fumando, y entonces voy y medio que le golpeo la espalda y medio la abrazo un poquito, qué sé yo, y ella como que me esquiva pero al mismo tiempo me busca, y hay un momento que ella sigue tosiendo pero ya sin estar atragantada, y después nos miramos muy serios, sin decir nada, y ahí fue la primera vez que la vi igual de asustada que yo y más linda que nunca, y entonces no sé cómo, me parece que sobre todo por terminar con la incomodidad, voy y la beso y le respiro en la boca, y ella me agarra y me aprieta bien fuerte y ya no volvimos a mirarnos más porque todo pasó a oscuras, yo encima de ella todavía con la campera puesta, pasándole la mano por debajo de la ropa y encontrándole las tetas frías. Yo no sabía demasiado pero le metí nomás y le bajé como pude los vaqueros, ella se dejaba pero no colaboraba ni tampoco se resistía, sólo respiraba muy fuerte y cada tanto me besaba como con desesperación. Y cuando estuve ahí bien puesto, cuando pude sentir la piel de sus piernas rozándome las caderas, ocurrió: el espanto me llegó al pecho y me paralizó la sangre, se me nubló la imagen de ella y se me aparecieron mil cosas que no tenían nada que ver, se me apareció también el arrepentimiento, tuve ganas de gritar o de estar en mi casa tomando la merienda o siendo un boludo más de esos que

estudiaban todo el día, y ya dejé de escuchar su respiración y de sentir sus piernas y empecé a escuchar cada bicho que había en el bosque. Todavía seguí moviéndome un rato más, ahí, solo y con un cuerpo debajo, mientras todo el frío de la noche y todo el miedo y después toda la vergüenza se me juntaban en el mismo punto inmóvil.

## XIII

Siempre más vívida en el recuerdo que cuando Demetrio se encontraba realmente ahí, la avenida Independencia permanecía despoblada. Cada tanto algún taxi o autobús la remontaba, insomne. Mientras Demetrio y el Negro levantaban bolsas en la esquina de Perú con Chile, entre un montón de nailon y restos de alimentos, surgió una veloz forma de color turbio que los hizo retroceder y protegerse la cara. A través de un agujero desgarrado con el método de las bestias, pudieron ver las entrañas de una bolsa y, un segundo después, otra tensa silueta que emergió de un brinco y se unió a la primera para alejarse, entre juegos, igual que dos marionetas alucinadas. Demetrio sintió un breve escalofrío. Reanudaron la recogida en silencio, como si hubieran soñado dos gatos.

El Negro aparentaba absoluta normalidad desde el día en que había llegado tarde al hangar, y eso era precisamente lo que le despertaba a Demetrio la sospecha de que algo no iba bien: su compañero se empeñaba demasiado en trabajar con eficacia, en silbar a las mujeres cuando llegaba la luz, en reír con estrépito. Demetrio temía preguntarle, pero se imaginaba las noches de gritos, de acostar temprano a los niños porque mañana hay que ir al cole y un beso, justo antes de apagar la luz y empezar con la ira y las acusaciones mutuas en las que el Negro sería siempre el primero en callar.

Entraron al bar de Bolívar y advirtieron enseguida que faltaba el Petiso. El camarero parecía inquieto, como si el vacío del local se le hubiera revelado de pronto al no tener que servir al Petiso los tres o cuatro tintos de cada mañana. Buenas pibe, dos sangüichitos y dos cafeses, el mío sin leche ni nada que hoy hay apoliyo, anunció el Negro acodándose en la barra. Mientras tanto, Demetrio entró al baño y se situó frente al mingitorio con las piernas muy separadas. Al percibir el vaho tibio de la orina, lo asaltó una remota sensación de culpa.

En el hangar los recibieron con la noticia de que su viejo camión había sido reparado y puesto a punto. Se palmearon la espalda con satisfacción y se separaron. El Negro salió corriendo hacia su otro trabajo. Demetrio, en cambio, se dirigió al centro. Se bajó en Marcelo T. de Alvear y caminó por Libertad, mucho más limpia y ajena que las calles por las que él solía pasear. Atravesó una galería. Se detuvo frente a una juguetería inmensa. Al no divisar en el escaparate lo que andaba buscando, entró y le preguntó a la dependienta, que le trajo tres cajas distintas. Demetrio descartó de inmediato la primera, un absurdo bosque nevado. Contempló dubitativo, casi preocupado, la segunda caja. Y finalmente clavó su mirada en la tercera. La observó largo rato, sin hacer el menor movimiento ni pronunciar palabra. El saco gris del cielo estaba a punto de reventar sobre los pinos. La luz se revolvía, inquieta, por

el lago. La dependienta pareció incómoda y comenzó a atender a otros clientes que acababan de llegar. Demetrio sostenía la caja con ambas manos, como una figura de piedra.

En cuanto cerró la puerta de su casa, fue directo hacia la mesa. Observó el antiguo paisaje, al fin perfecto: el cielo era compacto, estaba cada flor, la cabaña ofrecía solidez y humo frente al invierno, el lago se extendía sin interrupciones. A la ventana llegó la súplica ondulante de un maullido. Dejó sobre la mesa la caja que había comprado, guardó muy cuidadosamente el paisaje concluido y se acostó sin almorzar, atisbando de reojo las botas negras, aplastadas al pie de la cama.

## XIV

Las hojas rígidas, papiros aromáticos. Tan sólo un lado del triángulo verde: quizá la copa. La orilla con sus piedras descendentes. Las grietas vegetales. Una furia grisblanca, dividida, encima de los picos. De vez en cuando pliegues sobre el agua. No falta mucho para la tormenta.

Las araucarias alzan dedos que poco a poco van configurándose. Más alejado el amarillo, repartido en retazos, todavía disperso: probablemente un amancay. Algunas zonas púrpura del lago se erizan, van y vienen antes de la tormenta. No hay horizonte, apenas superficie. Y todo es un color que va cambiando.

También parece haber una silueta aguda, algún ramaje. Pero él no recordaba que hubiese ningún cedro justo ahí.

## XV

Mario Miguel Ferrando, alias el Petiso desde esa edad en que un muchacho debiera semejar un hombre, había dejado de leer la prensa poco después de abrir su primer quiosco.

Su hermano mayor y su padre habían sido vendedores de diarios y su abuelo había vendido diarios; del bisabuelo del Petiso ya nadie se acordaba. Entre las láminas de zinc azul de su puesto en la calle Alsina, él a veces pensaba que le habría gustado enseñarle el oficio a su hijo, si hubiera tenido uno. Se trataba de un oficio simple pero estricto: había que saber levantarse infaliblemente antes del amanecer, cinco minutos antes de que el despertador sonase, para apagarlo ya vestido y no sufrir la tentación de seguir durmiendo. Había que saber desayunar cuando se pudiera y como se pudiera. Ser quiosquero era aprender a acariciar el papel sin llenarse los dedos de tinta (como a una mujer, pibe, como a una mujer, le habría dicho a su hijo cuando ya tuviese la edad de tener su propio apodo o recibir para siempre el mismo de su padre). Y aprender, sobre todo, a adivinar el momento justo de hacerle una sugerencia al hojeador indeciso o de quedarse callado para no incomodarlo, a distinguir a los clientes confiables de esos otros a los que nunca se les debía fiar un diario. Especialmente si se trataba de clientes barbudos: su padre le había enseñado que un hombre que no se afeita no puede ser de ley.

Los lectores de prensa, sostenía el Petiso, tienen la íntima convicción de que la prensa habla de ellos. Él había dejado de leer diarios cuando comprendió que jamás hablarían de sus cosas: entonces se convirtió en un auténtico quiosquero. De ahí en adelante, los años podían ser muy cortos si se contaba cada día de la semana en las portadas de *La Nación*, *Clarín* o *Crónica*, lunes 23, martes 24, miércoles 25, y las pilas de papel bajaban y subían y volvían a bajar. Como la gente.

El Petiso se llevaba al quiosco todos los días un mate y un termo rojo. Entre cliente y cliente se cebaba un par de amargos con pulso firme y sorbía la bombilla de una sola, profunda chupada, ahuecando las mejillas recién afeitadas. Entonces expulsaba contra el aire gélido el calor que el mate le había dejado en la boca, y se quedaba mirando cómo el vaho perdía densidad hasta desaparecer. Así, bajo su techo de zinc azul, fumándose la mañana, el Petiso había aguardado durante treinta años a que llegase la hora de un buen tinto o de una buena muerte.

## XVI

El Petiso llevaba cuatro mañanas sin aparecer. Ni el camarero ni Demetrio o el Negro lo mencionaban, lo cual hacía aun más evidente su ausencia en un rincón. Sin embargo, aquella mañana no estaban solos, había entrado a desayunar una mujer de edad mediana y aspecto de renuncia. Murmuró que venía de llevar a su hija al colegio y dejó caer sus nalgas ajetreadas sobre uno de los asientos giratorios. Su vestimenta parecía un tanto fuera de contexto: no era la habitual para la compra o tareas similares, aunque tampoco llegaba a resultar elegante. Ella misma tendía a corroborarlo con una vaga expresión de incomodidad. En un fugaz sobresalto, Demetrio reparó en su parecido con la esposa del Negro y se volvió hacia su compañero con prudencia, justo a tiempo para entrever en él una mirada desorbitada que de inmediato se volvió un guiño de los de siempre. Demetrio se fijó en las nalgas comprimidas al borde del asiento e insistió en pagar el desayuno del Negro. Salieron hacia el terco frío de la calle Bolívar.

¿Venís a la Bombonera el domingo?, jugamos contra el Ciclón que este año los tenemos de hijos, les vamo a romper el orto vas a ver. No puedo Negro perdoname pero el domingo voy a estar ocupado, no te aflijás que vamos al próximo, te prometo. Andá, sos un vendido vos, qué vas a ser de Boca. De verdad que no puedo Negro. Qué vas a ser de Boca, vos. Dejaron el camión estacionado entre los demás, se quitaron el uniforme y se despidieron. Demetrio vio al Negro corriendo cuesta abajo (me parece que hoy no llego, carajo mirá la hora que es y lo que tarda ese colectivo) con una torpeza que le resultó simpática, necesaria. Cuando lo perdió de vista empezó a caminar sin prisa, pasando junto al barranco desbordado que cada amanecer ellos alimentaban un poco más. Se quedó absorto en aquel caótico mosaico, en sus colores extenuados. Por un momento le pareció que el abismo y él bostezaban juntos.

Se percibía la agitación del viernes. Los transeúntes en las calles y los pasajeros en los autobuses se disputaban con cierto entusiasmo el mismo aire opaco y manoseado de los demás días. Entrecerrando los ojos, mientras notaba los frenazos y las arrancadas, Demetrio disfrutó por anticipado del fin de semana y concibió una plenitud sólo posible los viernes al mediodía, cuando el descanso es todavía una promesa intacta.

## XVII

Párpados de gigante, las persianas fueron dejando ver un cielo grumoso. Su luz pésima degradaba todos los objetos. Demetrio recordó con irritación el sábado que el sueño acababa de aniquilar. No había salido a dar un paseo, no había leído con calma el diario, las horas habían huido en desbandada. Ni siquiera se había sentado a trabajar un rato frente a la mesa. En cambio había comido a deshora, visto televisión casi sin percatarse, se había acostado por la noche como todo el mundo y, en resumen, había odiado el descanso. Abandonó su dormitorio con la difusa sensación de haber sido estafado. Desayunó con desgana. Poco a poco fue recibiendo el obeso impacto de la conciencia: era domingo, mañana tensa, tarde de fútbol y gritos, de Bombonera, de traición.

Se duchó y se vistió con mayor cuidado del habitual, resolvió no almorzar, dejó las botas negras junto a la puerta para cuando volviese por la noche y salió a la calle. La Chacarita palidecía. El tráfico soñoliento naufragaba. Al llegar a la parada del autobús, Demetrio creyó ver a un anciano parecido al Petiso vigilándolo, inclinado sobre su bastón. Volvió la cara hacia el cielo: recibió una viscosa nota de luz y sintió frío entre el cabello todavía húmedo. Bajó de nuevo la cabeza, rodeó las calles con la vista: la ciudad se encogía de hombros. Entonces decidió que no seguiría esperando y se metió en la boca de metro de Lacroze. El panorama se fue enturbiando mientras descendía. Tuvo la sensación de que el anciano lo seguía y aceleró el paso. Caminó y giró un par de veces, se dejó transportar por una escalera subterránea y llegó al andén. Se asomó al silencio de la gruta y al principio no hubo nada, pero después un punto que crecía y un temblor progresivo empezaron a anunciarse, y el chirrido aumentaba y ya lo enceguecía un ojo potentísimo, mientras el acero se fundía en un estrépito que se multiplicó hasta inundar el andén, ensordeciéndolo. La puerta se abrió, Demetrio se dejó entrar. Cuando la máquina se puso en movimiento, por un instante él, sentado en el vagón, no recordó adónde se dirigía.

Se bajó en Carlos Pellegrini y emergió al mediodía desteñido. Pensó en continuar a pie; la pereza lo disuadió. Tomó un autobús hasta el Parque Lezama y lo atravesó sin prisa: como un oasis, ahí encontró sentido a la ciudad, la alegría de un domingo poblado de voces y bicicletas y olor a manzana acaramelada, un eje bailarín sembrado de caballos que volaban y se hundían, cabalgados por pequeños jinetes giratorios, y pandillas corredoras que compartían el sueño de una pelota de plástico, incansables columpios, gritos de mano a mano, y vendedores de helados, y árboles innumerables. Demetrio se demoró en los límites del parque, pisando fuerte las hojas y la tierra. En cuanto cruzó la avenida, aceleró de nuevo y llegó a la Boca, a una calle que conocía bien y aborrecía intensamente, a una antigua vía de tren cubierta por la



hierba y a un asfalto precario, a la esquina desde donde aguardaría, oculto, hasta que el Negro saliera del edificio camino a la Bombonera.

Demetrio abandonó el edificio a las seis en punto, aun sabiendo que el Negro no volvería hasta las siete o incluso algo más tarde, si los amigos estaban entonados o el equipo había ganado. Volvió a pasar por los mismos rieles intransitables y oxidados. En su olfato aún anidaba un aroma a sudor y perfume más o menos francés, un aroma fácil, empalagoso, que lo llenaba de repudio y a la vez de deseo y olvido. Le palpitaban las ingles, notaba un agradable calor bajo el vientre y como el eco de un roce a los costados de las nalgas. Conservaba un escozor de mordiscos en el cuello, un enredo de cabellos en las manos y, al fondo de la lengua, un poso espeso y agrisado. Pero, por encima de todos estos pequeños bienestares, se imponía la última voz, sorda y profunda, que le dictaba el asco: el asco de sí mismo y de la noche prematura, de otro domingo más, de sentir la más vil indiferencia al pensar en la mañana siguiente y en el Negro.

## XVIII

El amancay salpica un esbozo color trigo. Se distingue mejor el cielo anciano, adonde apunta la araucaria. Al tronco lo atraviesan claroscuros. La agitación extraña de las nubes llega del lado izquierdo, de la orilla, y amenaza los claros de celeste. Y lo nuevo: empiezan a surgir, del otro lado, las cabezas de mástil de un pinar. El futuro trazo del horizonte detendrá el avance del agua y, sobre él, los dorsales nervudos de la gran cordillera, el gigantesco reptil óseo. Por el momento, sólo un poco de frío color blanco, algún pico formándose.

Él se pregunta a veces si no habrá en algún hueco del paisaje, por ejemplo detrás del amancay, sentada en una roca de la orilla, una figura hermosa, obsesionante, con su tez pálida en la sombra, con su mata rojiza ondeando hasta que el viento se la lleve: esos hilos de cobre que él deseó, tocó y olió en un anochecer helado.

La tormenta se agolpa, dilatando sus vientres negros y gaseosos. El agua viaja, encrespa su transcurso.

## XIX

Clavó sus ojos en el Negro mientras terminaban de ponerse el uniforme. Soplaban un aire que agredía a ráfagas. Los desperdicios parecían fermentar por la noche, y el hedor hacía estremecerse incluso a los más habituados. Demetrio observaba los movimientos de su compañero, que tenía dificultades con la cremallera. Demetrio lo ayudó y le dijo que tenían que apurarse. El Negro asintió con brusquedad. Se subieron al camión y arrancaron.

Sabés qué pasa, yo a mi jermu la veo escarmentada, hasta está diferente, mirá lo que te digo, yo la tengo bien junada y es así, la verdá es que se la bancó, le armé todo el quilombo que quise, le grité una semana entera y ella bien piola, ahí sentadita escuchando nomás. Ya sé que al principio te dije que me iba a ir y que la iba a cagar a palos, pero qué querés Demetrio, uno perdona para que lo perdonen, además ella tiene razón, cómo voy a hacerles esa macana a los pibes que todavía están creciendo, y encima con la casa de tantos años, yo qué me voy, ¿a otra casa me voy?, ni en pedo. Ella agarró y cogió con el primer boludo que encontró porque andaba triste y se sentía sola ¿no?, y entonces bueno, ¡en mi propia casa, eso es lo que más me revienta!, pero yo no soy ningún pelandrún y me di cuenta al toque porque la vi cambiando las sábanas justo después de cambiarlas ayer, ¡a papá lo vas a engrupir!, o te creés que soy un qué. Y ahí nomás se acabó la cosa mentendés, le canté las cuarenta y si vos la hubieras visto Demetrio te juro que no la reconocías, toda llena de vergüenza arrodillada diciéndome que me quería y que total por un error no le iba castigar tantos años de fidelidá, ¿no? Ahora cocina bárbaro como al principio y me espera siempre con ganas de llevarme para el cuarto. Demetrio asintió y le dijo hacés muy bien Negro, poniéndole una mano sobre el hombro.

La calle Defensa se perdía en su estrechez de corredor. En la esquina con México, de pronto, un ruido extraño hizo que Demetrio palpase con atención la bolsa. Se quitó los guantes, deshizo el nudo y encontró al fondo unas piezas de porcelana. Era un pequeño plato de postre quebrado en tres pedazos. Un plato de casa vieja donde sirven el té. Demetrio se agachó, posó en el suelo los fragmentos y los colocó cerca: descubrió que al conjunto le faltaba un triángulo. Buscó con impaciencia en la bolsa y no vio nada. Entonces unió como pudo los trozos, volvió a anudar la bolsa y se subió al camión, dejando el plato de porcelana ahí, servido al frío solitario de la calle Defensa.

## XX

El velatorio del Petiso era el miércoles a las diez de la mañana y el entierro, a las ocho del día siguiente. Demetrio y el Negro, avisados por el compungido camarero, a su vez avisado quién sabía por quién, habían acordado llamarse por teléfono para ver si iban juntos al velatorio. El Negro necesitaba confirmar antes si podía faltar a su otro trabajo. Finalmente resultó imposible obtener el permiso, o al menos eso le dijeron, por no tratarse de una baja de allegado documentable. El Negro se quedó con la duda de qué era un allegado documentable. A continuación lo intentaron con la empresa de residuos, que les respondió que no habría problema en que asistieran al entierro siempre y cuando se les descontase la hora y media (redondeando, dos) que iba desde las seis y media hasta las ocho, horario oficial de la descarga en el vertedero. Demetrio había sugerido entonces adelantar el turno y comenzar más temprano. El Negro contestó que llegaba a su casa demasiado agotado como para dormir menos, y la empresa lo secundó argumentando que más temprano estaría aún en uso ese mismo camión que tanto habían insistido ellos dos en utilizar, y que quedaba libre para el servicio en el horario habitual. Y que, en cualquier caso, alterar los turnos y la distribución de los vehículos forzaría un reajuste general del organigrama del cual la empresa no podía hacerse cargo. Al final se decidió que terminaran antes el turno y que se les descontase un par de horas. Ninguno de los dos pareció quedar satisfecho.

Habían llevado a cabo la recogida con vengativa lentitud, demorándose todo lo posible en la calle Defensa, enumerando pesadamente las bolsas de la esquina de Venezuela y Perú. Tras la descarga, habían dejado el camión mal estacionado. Se habían cambiado y se habían empapado de colonia. Después habían bajado en autobús hasta el centro y habían pagado a medias un taxi que pareció participar de todos los embotellamientos de la ciudad antes de dejarlos, ligeramente tarde, frente a la entrada del cementerio de la Chacarita. El entierro aún no había empezado. La asistencia era escasa: ocho o nueve contando al cura, a los dos enterradores, a Demetrio, al Negro y al camarero, que ese día no había abierto por duelo. También aguardaba a que diese comienzo la ceremonia un extraño hombrecillo con portafolios, vestido con un traje apolillado.

Demetrio vio cómo los enterradores le hacían una señal al cura y este echaba a andar parsimonioso y cabizbajo. Todos, incluido el hombrecillo, siguieron al cajón, que avanzaba sostenido por los dos empleados del cementerio. Durante la procesión hacia la fosa se escucharon los primeros y únicos sollozos, contenidos a medias por una anciana enlutada que se encorvaba aún más para disimular la pena. Sin nadie que cooperase, calló pronto. En ese momento se les acercó el camarero. A Demetrio le

chocó verlo con traje y corbata en lugar de la pajarita; la camisa y el pantalón parecían los mismos que usaba en el bar. Yo creía, les comentó en tono discreto, que el Petiso no tenía mujer. Y claro, contestó el Negro, como el pobre andaba siempre solo todos creíamos que no estaba casado. No, no: me lo había dicho el Petiso. ¿El qué te había dicho? ¡Que era viudo!

Mientras el cura oraba mecánicamente, Demetrio sintió o supuso que debía dedicarle un último recuerdo al Petiso. Quiso evocarlo con algún cariño entre las mesas vacías del bar de Bolívar, pero descubrió que le costaba reconstruir su rostro. Sabía que había tenido una buena cabellera canosa, que la gorra con visera y botón no dejaba ver casi nunca; recordaba el brillo acuoso de sus ojitos demasiado juntos, su voz chillona y un tanto temblorosa; pero ¿cómo era esa cara en conjunto? Se lo preguntó al oído al Negro y este le chistó con el dedo índice sobre los labios. Los enterradores le indicaron a la viuda que podía echar un montoncito de tierra sobre el ataúd donde reposaba su marido, que seguramente (se le ocurrió de pronto a Demetrio) estaría echando en falta el último tinto de sus mañanas. En cuanto cesaron las oraciones, el cura y los empleados desaparecieron y el grupo se dispersó en silencio.

A punto de salir del cementerio, los abordó el hombrecillo que había estado curioseando durante toda la ceremonia. Apoyó su portafolios en el suelo y se presentó: me llamo tal. Demetrio y el Negro se miraron perplejos y el Negro le preguntó qué quería. El hombrecillo les estrechó la mano y respondió que nada, que su misión sólo había sido la de controlar si el permiso solicitado era en efecto por defunción de un familiar o allegado, asunto que quedaba satisfactoriamente verificado y, por lo tanto, su deber cumplido. Y que si no se había marchado antes había sido por respeto a la viuda y también, en parte, porque le gustaban los entierros. Dicho esto les estrechó de nuevo la mano con firmeza, recogió su portafolios y desapareció, mientras ambos seguían caminando a paso lento hacia la salida.

## XXI

Al menos por una vez, no era mucho el camino que Demetrio debía recorrer hasta llegar a su casa. El Negro se había marchado enseguida al otro trabajo con ese paso tan suyo entre el tropiezo y la celeridad, entre la decisión y la torpeza. Hundió las manos en los bolsillos y sintió que volvía de un largo viaje que le pedía reconocer de nuevo las cosas, las inmediaciones de Federico Lacroze y los 93 llegando repletos, las aceras maltratadas, los bordes erosionados de las esquinas, esa llovizna indeterminada que enturbiaba Chacarita incluso cuando el tiempo parecía bueno. Durante la caminata descubrió que no tenía sueño, y eso lo preocupó un poco: sus músculos no segregaban la habitual caricia sorda del agotamiento. Demetrio pensó súbitamente en ir a ver a Verónica. Se acordó de su perfume barato y del sudor recíproco, imaginó sus largos pechos caídos, oscilando como dos gemelos al viento, las caderas anchas enmarcando sus nalgas blanquecinas y ocultando la cerradura negra del culo. Percibiendo una media erección que los pliegues del pantalón obstaculizaban, dudó si abrir la puerta o dar media vuelta y tomar un autobús hasta el Parque Lezama, atravesar la vieja vía hasta llegar al edificio de la calle Arnaldo d'Espósito y subir al odiado décimo piso para gozar, una vez más, de la mujer de su compadre.

Pero entró en su casa. Cerró la puerta con sigilo, como si alguien más la habitara y temiese despertarlo. Pasó junto a la mesa sin mirarla. Buscó el diario del día anterior y se sentó a leer en el sillón. Se enteró vagamente de la nueva paridad con el dólar, de que Boca jugaba el domingo en Rosario, de que los responsables de una compañía aérea aún no se explicaban las razones de la catástrofe, de la huelga de hambre de los maestros en Catamarca, de la visita del presidente de la República a los Estados Unidos, de que había indicios de una posible vacuna según fuentes del Comité de Investigación de. Se cansó rápido y pensó que era buena señal. Los párpados comenzaban a pesarle y el estómago parecía inquieto. Eran casi las doce; planeó comer cualquier cosa y acostarse, dormir hasta las ocho en punto, darse una ducha y calzarse las botas negras para trabajar en la mesa hasta la hora de salir. Fue a la cocina imaginando un plato de pasta con tomate y un reposo lleno de placeres templados, de olvido.

## XXII

El espectro de una figura hermosa y obsesionante lo perseguía entre campos de amancayes con signos de tormenta. Era él quien iba detrás, sin embargo, y ella la que corría con ventaja, vestida con un camisón blanco, inalcanzable como el viento que hacía ondular las sábanas hasta desordenarlas, y sin embargo sí: ella lo perseguía a él.

Mucho antes de las ocho se impulsó hacia adelante con la frente transpirada. Huyó del dormitorio. De pie en el baño, descalzo, notando una tirantez en el pantalón del pijama y con el recuerdo vago de algún vértigo, se masturbó como si hubiera recibido una orden. Luego las botas negras, la cena escasa, los lentos automóviles a través de la ventana de la sala, la mesa y el paisaje con el cielo agitado y como sacando músculo, la orilla pedregosa del Perito Moreno o del Nahuel Huapi, un cedro que no debiera estar ahí, el pinar ya mucho más claro al fondo, junto a la orilla.

Él se pregunta por los arrayanes que faltan, revolviendo la caja con fragmentos de cielo, hierba, agua, árbol, los siente humear como en una marmita, e intuye que ese ocre diminuto es lo que buscaba. Lo intenta y, poco a poco, van creciendo en la mesa los troncos parciales de ese bosque en la isla Victoria, a orillas del lago, donde en temporada alta los turistas llegaban a tomar fotografías de la trama de los arrayanes y del tiempo inmóvil. En verano, después del perfume a madera húmeda, siempre llegaban los estúpidos turistas a profanarlo todo, pero también en verano se reinventaba la libertad y empezaban las excursiones a la isla en compañía de la figura de cresta incendiaria. Sentarse en los maderos y charlar, jugando a que fumaban, y los turistas eran conducidos en fila por los senderos menos atractivos mientras ellos dos aprovechaban para seguir el camino opuesto y recostarse bajo un árbol opulento para ensayar caricias mejores que las del invierno.

## XXIII

La piba estaba asustada, se le notaba en los ojos aunque mantuviera la serenidad del gesto. Me acuerdo tan bien de mi sensación de valentía cuando descubrí su miedo. Por primera vez era ella la que tenía miedo y me pareció más deseable que nunca. Ella de pronto necesitaba protección y entonces ya no necesité que me protegieran. Pero cómo vamos a quedarnos acá de noche, me decía, ¿qué vamos a decir mañana en nuestras casas? Quedate tranquila, linda, le contestaba yo, es verano. Y mientras la tranquilizaba me sentía muy hombre, qué boludo, dos años más joven que ella.

Fue muy fácil esquivar al guardabosques. Llenos de euforia, vimos zarpar el último barquito que llevaba de vuelta a los visitantes. En ese momento nos besamos y después no importó nada aparte de sus manos y las mías. El bosque estaba frío pero el manoseo era animal, su pelo se había puesto más oscuro aunque seguía rojo, yo olía su pelo y me agarraba un mareo maravilloso como de curda feliz y rápido la mordía ya con menos ropa y sin nada de frío. Su respiración me recordaba a los chaparrones en el lago o al ruido de las lanchas zarpando con los turistas chotos, que no iban a sentir eso que yo estaba sintiendo nunca, nunca. Y ahora qué voy a decir en casa, Demetrio. Tranqui mi linda, es verano, y la abrazaba.



## XXIV

La empapada fluorescencia de los trajes se abría paso a través de la cortina de lluvia. El plástico de las bolsas transpiraba y entregaba al aire una parte de su hedor, que se iba disolviendo en el fino torrente que corría por las alcantarillas de la calle Piedras. Resbaloso y reluciente, el pavimento parecía ceder bajo los chapoteos de las botas de goma.

Casi de mañana, poco antes de entrar en el bar de Bolívar que ya nunca sería el mismo, Demetrio y el Negro se miraron a los ojos. Demetrio, que sentía cómo las gotas le ensuciaban las mejillas y le ablandaban el cráneo, muy quieto, con el cabello como una pulpa negra, con un peso en los hombros y la visión desleída, comprendió definitivamente que el Negro no sabía nada, o que jamás sería capaz de devolverle odio. La torpe manaza de su compañero se le posó encima de un hombro con afecto: él recibió la puñalada de esa caricia mientras la lluvia arreciaba. Le palmeó la espalda al Negro, sonriéndole.

Sentados en la barra, se quedaron contemplando los cristales del bar, que dividían en dos el ruido. Como siempre que diluviaba, Demetrio temió que aquello no acabase nunca, que lo persiguiera obstinadamente para desgastarle la piel y los músculos y los huesos hasta desaparecer como una brisa vieja. Sintió que el aguacero los tenía cercados en un coto transparente en el que ellos mismos se habían refugiado. La taza de café se pegaba a los dedos, el líquido caliente le dañaba la garganta. Con un gesto de complacencia, el Negro le indicó a Demetrio que pagaba él y sacó un billete plegado y húmedo que el camarero desplegó con parsimonia antes de guardarlo en la caja registradora y devolverle unas monedas. Imaginando que acaso el peso del agua que golpeaba contra la puerta no le permitiría abrirla, Demetrio avanzó hacia la salida del bar. Súbitamente creyó oler a vino tinto de la casa, pero no tuvo valor para volverse hacia las solitarias mesas del rincón.

¿A vos no te parece que el camión anda haciendo un ruido raro Demetrio?, digo con el embrague, no como antes de arreglarlo pero parecido, como algo adentro, ¿viste?, algo ahí medio suelto, seguro que en el taller nos dicen que anda bárbaro, vas a ver, son bien pelotudos esos, hasta que no lo ven hecho mierda al camión ni te lo revisan, ¿vos no oís nada Demetrio? En el embrague digo. Como un ruidito.

## XXV

Ese verano nos escapamos tres veces a la isla. Yo me pasaba los días imaginando que hacíamos el amor entre los arrayanes, despacio y sin descansar. Los castigos habían sido serios, la paliza de mi viejo había sido terrible, pero volvimos a escaparnos juntos y para mí ella ya no tenía edad sino un color y un perfume a lago, la piba se me agarraba del brazo y creía que éramos libres y yo también creía gracias a su esperanza. Había sido una cosa de locos pasar la madrugada fuera de casa. Más que como una aventura, yo me lo tomaba como un destino. Pero la tercera vez llovió: mucho, bien fuerte, sin parar. Juntamos los cuerpos y cerramos los ojos, no hablamos, los arrayanes vibraban y el lago era como que se rompía por culpa del cielo y de nosotros. Y entonces ella me besó distinto, un beso largo y triste que yo no entendí del todo. Fue esa madrugada cuando más pasión sentí, y desde esa vez mi vida va así medio limosneando cachitos de ese sentimiento. No me acuerdo si le dije te quiero o qué le dije, pero lo estuve pensando toda esa noche hasta convencerme de que a partir de ahí sólo iba a poder haber menos dicha y más miedo. Cuando por fin volvimos en el barco de los turistas, que ya empezaban a ser menos y a estar más abrigados, pisé la orilla y vi el caminito cuesta arriba, con barro, y me sentí muerto pero poderoso.

## XXVI

Demetrio bajó rápidamente del 152, cruzó Cabildo mal y con audacia. Se alejó del tránsito y fue adentrándose en un territorio de calles más oscuras con cielo de copa de árbol. Allí los transeúntes eran pocos, bien vestidos, de cara serena, a veces con perro. Giró a la derecha y oteó la acera de enfrente buscando un cartel. No lo vio. Se impacientó. Entonces se volvió y tuvo que resoplar: ahí estaba, justo detrás de él. Antes de entrar a la cafetería, escrutó el interior a través del cristal hasta localizar la cabellera negra, demasiado brillante de Verónica.

Las dos tazas humeaban y confundían su aroma en el centro de la mesa. Verónica fumaba con alevosía. Demetrio la miraba a ratos con ternura, y a ratos le rehuía la mirada. Ella hablaba moviendo mucho unos labios pintados que dibujaban muecas inquietantes. Por eso ya no puedo más Demetrio date cuenta, encima ahora está siempre como vigilándome y me exige todo el tiempo que lo obedezca, yo hago lo que puedo, qué querés que te diga, a veces me acuerdo de cuando éramos novios y teníamos ganas de ser felices juntos, ay por ejemplo anoche, yo cansadísima imaginate, todo el santo día con la casa y los nenes y la escuela, y llega él y después de tragarse su cena calentita con su copita al final y todo, va y me pide ir para el cuarto, yo cansadísima Demetrio, pero claro, ahora el señor herido tiene motivos para exigir y exige, pero yo ya no puedo. Tenés que aguantar, negra, yo por ahora ya sabés que no puedo hacer más, apretá un poco. ¡Pero cómo querés que apriete más! Ella lo miró con rencor, masticando el humo de su cigarrillo. Bebió dos sorbos de café. Cómo querés, si así llevamos yo qué sé cuánto tiempo. Sí ya sé Vero, no te enojés, lo único que te pido es que seas prudente. Verónica exhaló todo el humo de golpe. ¡Mozo!, otro café para la señorita. No quiero más café, Demetrio, quiero soluciones. Bueno, entonces para mí. ¡Yo necesito valentía, no prudencia! Sí sí claro, lo que vos necesitás es otra cosa. Necesito un hombre. Demetrio le apretó una mano y le puso la otra encima de un muslo. Sos un hijo de puta. Y vos sos una reina Vero, ¡la reina con mejores gambas! Sacá la manito de ahí, mi amor, que nos pueden ver. Ta bien negrita, pero ya vas a ver. Demetrio le miró el cuello. Él detestaba aquellos preámbulos, siempre en cafés remotos o en algún parque distante y lleno de niños revoloteando, aquellos prólogos catárticos que precedían al verdadero encuentro. Pero qué linda estás negrita, dale, tomate otro café y nos vamos.

Salieron tenuemente tomados de la mano. Lloviznaba. Junto a ellos pasaron dos niños corriendo. Verónica se quedó mirándolos. Luego bajaron de nuevo hacia Cabildo y giraron por una calle breve, silenciosa, de pocas puertas. Justo antes de la esquina había una cochera y un portal de cristales opacos. Demetrio dejó entrar primero a Verónica y después se le adelantó y fue a apostarse frente a la recepción.

Un barrigón bigotudo les sonrió babosamente. Demetrio le habló y el barrigón contestó entregándole una llave. Subieron unos escalones mal alfombrados y divisaron el número que buscaban al final de un pasillo con adornos de bazar.

En cuanto Demetrio cerró la puerta, se encontró a Verónica descubriendo sus pechos maduros. Con los dedos del pie descalzo se quitó el otro zapato, pisándolo por el talón. Su falda cayó como si súbitamente hubiese empezado a actuar la gravedad sobre ella. A medida que las medias se enrollaban, crema negra, el vello de los muslos cambiaba de orientación. El escueto pañuelo que ocultaba el pubis fue haciéndose más fino y desapareció al tocar la alfombra, el vientre se escondía y se anunciaba. Mientras tanto, a cierta distancia, Demetrio se desabotonaba tranquilamente la camisa.

## XXVII

Verónica le lanzó una mirada cargada de intenciones, demasiado explícita. Demetrio abrió mucho los ojos en señal de advertencia antes de desviar la vista y pedir un poco más de ensalada. En la mesa había fuentes aceitosas, vino tinto de damajuana, sifones de soda, coca-cola, cubiertos con el mango de madera que se clavaban en la carne haciéndole sangrar un jugo carmesí, y pan en abundancia, blanco y desmenuzado en un sinfín de migajas entre los platos; todo encima de un viejo mantel de hule con cuadritos azules y blancos.

Demetrio eludió esa mirada de Verónica atendiendo a los dos niños, que chillaban alegres entre bocado y bocado. El mayor tenía un flequillo que le caía sobre los párpados. Hablaba arrugando la nariz y mostrando un hueco en la dentadura, mientras el menor lo interrumpía sin cesar y se reía echando hacia atrás la cabeza, emitiendo un sonido agudo y entrecortado que crispaba a Demetrio, a la vez que le despertaba algún recóndito sentido paternal. Ellos sabían su nombre y lo pronunciaban con familiaridad al saludarlo, extendiéndole ceremoniosamente la mano tal como su padre les había enseñado que se saludan los hombres. Su padre, el Negro, que le palmeaba afectuoso la espalda y le servía más vino, que rodeaba de vez en cuando a su mujer con protectores y enérgicos brazos, que contemplaba la vivacidad de sus retoños con esa luz en los ojos que confiere el orgullo paterno y sobre todo el alcohol, el Negro, pensaba Demetrio, que era, en definitiva, el cornudo más feliz de la tierra.

Aceptar la invitación había requerido menos sangre fría que simple negligencia. Era la primera vez que comían todos juntos desde que Demetrio se acostaba con Verónica, o al menos desde que lo hacía con regularidad; meses en los que la grieta entre trabajo y placer lo había eximido de mayores cargos de conciencia. Pero ahora el desafío consistía en afrontar con naturalidad la compañía simultánea de ambos, y a Demetrio le estaba costando esfuerzo no tanto por un dilema moral (esos el tiempo los había extinguido hacía mucho) como por la incomodidad que le causaba la ceguera del Negro, bonachón y patético tras sus bigotes y su barriga hinchada. Por eso Demetrio se afanaba en contemplar a los dos niños, concentrarse en aquellos ojos ansiosos de verlo todo, absorber su inocencia. ¿Un poco más de vinito Demetrio? Es una cosa bárbara este tinto.

La segunda mirada fue más fugaz pero decisiva. Demetrio comprendió que debía actuar rápido si quería terminar con el juego, y no dudó en recoger su plato y caminar en dirección a la cocina, adonde acababa de marcharse Verónica. El Negro quedó atrás, alborotando con sus hijos en la mesa, y enseguida sus voces se amortiguaron tras la puerta. Ella lo esperaba con los ojos encendidos y la punta de la lengua brillándole entre los dientes. Manteniendo la calma, asegurándose de que el griterío

del comedor seguía estando compuesto de tres voces, Demetrio se abalanzó sobre Verónica apretándole los pechos.

## XXVIII

Llegó a su casa con la mente en blanco. Sentía el peso del alcohol, del sueño y de la rabia. Se situó frente al retrete y observó un rato su reflejo antes de que su cara se diluyese por el goteo de la orina.

Se despertó alrededor de las ocho. Vagó por la casa en espera del apetito. Cansado de esperarlo, se detuvo junto a la ventana: sus pupilas se tiñeron del resplandor fosforescente de los negocios que cerraban. El tráfico se disgregaba desde Federico Lacroze hacia la oscuridad. Acompañó con la vista el trayecto de varios transeúntes, hasta que los perdía en la esquina de la estación de trenes. Jamás cruzaban una palabra entre sí. Demetrio deseó de pronto poder bajar y hablarles, y entonces ser llamado desde alguna ventana por alguien que, asomado, estuviera dirigiéndose a un transeúnte como él, y saludarlo, y pedirle que bajase.

Volvió a la sala. Miró su reloj. Notó que seguía sin hambre y decidió ignorar la cena. Aún bostezando, entreviendo ya la lucidez de la noche que se avecinaba, se sentó frente a la mesa y tomó un puñado de fragmentos. Vio que el pinar estaba casi completo, agudo y entre brumas al costado de la orilla, y que un par de cedros custodiaban el descenso a las rocas. Como un minucioso pergamino, el amancay parecía quebrarse ante la próxima tormenta y repartir cada hoja a la borrasca. El caos se intuía en los cerros y en la espuma, pero faltaba lo esencial. Demetrio hurgó en la caja, ya con escasas piezas. La espectral figura hermosa, obsesionante, había desaparecido.

Los dos habían pactado con el riesgo de desearse. Los unía el confuso lazo del despertar carnal. Recordó su beso antes de que cada uno se perdiera por una bifurcación distinta del sendero embarrado. Para él había sido el beso irrevocable de quien acepta el castigo. La mirada de ella, en cambio, y su abrazo final no habían sido tan decididos; el temor parecía más fuerte que la euforia. Cuando él se quedó solo, marchando por el sendero hacia la cabaña, pensó por primera vez desde que habían partido rumbo a la isla que la audacia quizá fuera un error. Ya frente a la casa, fue su padre quien oyó primero sus pisadas, o intuyó su regreso con el olfato de la autoridad desafiada. Lo esperaba afuera, de pie en el portal, con una larga rama entre las manos.

Un par de meses de encierro. Por las noches, los crujidos de las maderas dificultaban un sueño que de todos modos Demetrio había perdido. Durante el día, la cabaña era un calor pegajoso y una reverberación de pájaros. Fue entonces, imposibilitado para perseguir a los gatos o aspirar el aliento del lago, cuando inauguró el último motivo de su insomnio: en uno de los armarios descubrió, cubiertos de polvo y un tanto humedecidos, dos viejos puzzles de quinientas piezas, a los que se entregó con la esperanza de extenuarse y poder olvidar a la figura del

crepúsculo enredado en los cabellos.



## XXIX

Aquella mañana nubosa y áspera, Demetrio había asistido a dos acontecimientos que terminaron de convencerlo de que no pertenecía a la ciudad, de que se sentía definitivamente ajeno a los males de incontables peatones, conductores, comerciantes, pordioseros, policías, prostitutas, colegiales. El Negro y él habían comenzado la recogida con puntualidad al principio de la avenida Independencia. El viento helado que emanaba del puerto no corría como otras veces, sino que tropezaba empecinado con las cosas, haciendo que la calle se tambaleara en lugar de sacudirla de un solo soplido; y así incursionaba también en sus trajes fluorescentes, circulando por cada intersticio, penetrando por los tobillos o las muñecas. La recogida había transcurrido monótona y en silencio hasta las cinco, hora a la que Demetrio, que esperaba sentado al volante mientras el Negro cargaba las bolsas en la cavidad trasera, divisó a dos tipos manipulando nerviosamente un Ford Falcon gris. La escena transcurría en la acera opuesta y quedaba fuera del campo de visión del Negro, pero él, desde el asiento del camión, tenía una panorámica perfecta: uno de los sujetos se colocaba delante, tapando a su compañero, mientras este lograba no sin torpeza forzar la puerta e introducirse en el vehículo, donde permaneció ajetreado aproximadamente medio minuto antes de hacerle señas a su compañero para que se subiera. Justo entonces Demetrio comprendió que debía haber alertado al Negro, o haber bajado él mismo, o al menos cruzar ahora que el coche aún no había empezado a moverse, para intentar impedir la huida. Nada de esto había hecho, ni tampoco ensayado el menor movimiento mientras contemplaba las bruscas sacudidas del Ford, que finalmente se perdió calle arriba. Demetrio tuvo clara conciencia de lo que debía hacer: anotar el número de matrícula, que aún retenía en la memoria sin habérselo propuesto, y notificar el robo a la policía. Apenas a unos metros de allí, de hecho, poco antes de la calle Defensa, estaba la comisaría de San Telmo. En una evocación involuntaria descubrió que recordaba a la perfección la cara y el físico e incluso la vestimenta del primer sujeto, y más vagamente el físico y el abrigo del segundo. Sin embargo, Demetrio no hizo ademán de salir del camión. Y, cuando al fin el Negro subió por el otro lado, tampoco sintió ganas de contarle lo que había visto.

El segundo hecho había tenido lugar cuando la recogida estaba a punto de concluir y la luz, pesada y perezosa, comenzaba a manchar los edificios. Una estudiante de unos quince años, de esas que parecerían plenamente mujeres de no ser por una suerte de alegre desconcierto al moverse, había pasado caminando con una carpeta contra el pecho. Demetrio estaba a punto de señalársela al Negro, que andaba distraído con las bolsas, cuando vio cómo un hombre emergía de un portal y empezaba a caminar justo detrás de ella. Después de haberle mirado las piernas y las

nalgas con evidente detenimiento, se pegó a la estudiante y le susurró algo al oído. Demetrio advirtió que todo iba sucediendo con irritante claridad, de modo demasiado evidente: el cuerpo de ella adquiriría una inmediata rigidez y comenzaba a avanzar muy lentamente y con el mentón alto; de pronto ambos daban la vuelta y desandaban el camino, él agarrándola de la cintura y ella arqueando la espalda, intentando evitar el contacto con la probable navaja. Fue entonces cuando una voz lejana resonó en la mente de Demetrio, que permanecía sentado observando a través del cristal. Y esa voz ya cobraba volumen y sentido y se configuraba como algo similar a un grito de alarma cuando el Negro, sudando, subió al camión y le dijo arrancá, dale, qué esperás, vamo. Durante días y semanas estaría Demetrio repitiéndose a sí mismo que no había sido él, no exactamente él sino sólo sus manos y sus pies, irreflexivos y mecánicos, los que habían girado la llave y habían arrancado rápido para no perder la luz verde del semáforo.

## XXX

La primera semana de encierro me sirvió de cura. Andaba medio desbocado y la paz de la cabaña, aunque era un embole, me serenó bastante. Los verdaderos problemas empezaron cuando el silencio se volvió insoportable, y la temperatura de la madera empezó a recordarme que afuera seguía el verano y que el sol no dejaba de calentar la orilla. Cuando me di cuenta, en resumen, de que estaba solo.

Yo nunca había podido dormir como mi viejo, que en cuanto agarraba el catre, si no lo usaba para cumplir con mi vieja —rara vez—, se pegaba su apoliyo de siete horitas justas sin despegar los párpados. Heredé casi todo lo malo de él, pero en eso salí más al abuelo Jacinto, que según me contaron terminó sus días delirando de insomnio. Yo nunca había dormido bien, pero aquellos dos meses me dejaron un surco imposible de borrar debajo de los ojos. Apenas podía recuperarme con alguna que otra siesta después de los almuerzos de mi vieja—siempre llenos de calorías igualito que en invierno—, cuando me entraba una especie de modorra dulce. Pero me despertaba dos, tres horas después, y entonces la vigilia me perseguía el resto de la tarde y casi toda la noche, apenas con un par de intervalos de sueño que enseguida se rompían con algún pensamiento o algún miedo repentino.

Fue ahí cuando empezaron los problemas y también las malas soluciones. Y los rompecabezas. Yo de chico había armado algunos pero me habían parecido una soberana taradez, pasarse tantas horas reconstruyendo una foto que ya venía enterita en la tapa de la caja, en vez de ir a jugar con los gatos o a la escondida. Pero eso es si te faltan las horas, si sentís que el tiempo es una fiesta que hay que celebrar antes de que se termine, en cambio cuando te parece que las horas no pasan, que nunca es la última noche sino simplemente la misma, la primera y la única noche, entonces encontrar algo para hacer, sobre todo algo que signifique orden, es nada menos que la salvación de la locura...

Demetrio comprobó que la tormenta se estaba completando, que el acechante velo se había unificado e iba inmiscuyéndose entre los pinos del costado izquierdo y por encima del horizonte desvaído. Las araucarias: candelabros de furia, un amancay desfigurado por el viento, todo confluye en una imagen idéntica a la foto de la caja. Ahí no aparecía la cabaña, pero él la recordó y la visualizó tan nítida como los fulgurantes neones de la calle, que teñían el cristal de la ventana.

De madrugada yo pensaba en ella. Trabajando en la mesa de mi cuarto, con un velador que daba una lucecita amarillenta y fea, de vez en cuando me distraía y regresaba a la isla Victoria, a los arrayanes, a la tierra negra y honda. Yo trataba de prohibírmelo, no pensés más, no se te ocurra, pero al final alguna cabezadita me traía la isla hasta la mesa o arrastraba mi cuarto hasta el lago, y entonces yo trataba de

imaginarme una foto que era algo así como el recuerdo de lo que había soñado, y todo se trasladaba ahí, a la imagen de la mesa. No sé. Lo único seguro es que fue por esa época cuando empezaron de verdad los problemas.

## XXXI

Dos cafeses, pibe. Y no te apurés que hoy tenemo tiempo. El Negro habló con un tono de autosuficiencia que Demetrio conocía bien y que lo irritaba muy particularmente a las seis y media de la mañana. El Negro se volvió y le guiñó un ojo, y él le contestó con una mirada vacía que era el sustituto de un menosprecio más vehemente, propio de otras horas. Así te va, pensó Demetrio, te das vuelta tarde y me guiñás como un boludo. Luego se distrajo y, al contemplar el rincón madrugador donde solía sentarse el Petiso, advirtió que alrededor de una de las mesas no había sillas y que encima, puesta en diagonal, reposaba una rosa disecada.

Ya eran casi las nueve. Exhausto, lleno de minúsculos temblores que iban tomándole los músculos, Demetrio procuraba respirar a bordo del 93 entre roces de ropas y extremidades ajenas. Por las ventanillas vio pasar la Plaza Francia, rebosante de verde, aguardando el abordaje de los niños y del fin de semana, y enseguida la muralla del cementerio de la Recoleta, ese imperio que protegía a muertos célebres pero jamás a hombres como él, cuyos huesos iban a parar más bien a la tierra vieja de la Chacarita o a algún nicho con una plaquita ilegible. O sea que descansaré donde descanso, o sea que voy a estar muerto donde ahora vivo, ¡la pucha! Y con este pensamiento volvió a lavársele la mirada.

Federico Lacroze daba la impresión de estar a punto de convertirse en un bosque petrificado. Todas las escenas se prolongaban más de lo necesario, los peatones tardaban toda la vida en cruzar la calle, del metro emergían flores de lentitud; ningún vendedor de garrapiñada o encendedores o bolígrafos terminaba de pronunciar su pregón, sus gritos no dejaban de sonar desde las esquinas; los autobuses se congelaban en Chacarita y ya no volvían a partir. Abriéndose paso a través de la calle, Demetrio hacía esfuerzos por alcanzar su casa.

Cuando por fin logró llegar hasta la puerta de su apartamento y cerrarla, las cosas recobraron su velocidad y pudo ducharse, incluso, con un sospechoso germen de alegría. Leyó el diario en riguroso desorden. Se preparó una ensalada de arroz frío, huevo y tomate en rodajas, y un filete de ternera con mucha sal. Se sirvió lo que quedaba de vino y devoró con la euforia del hambriento. Al terminar, fue a sentarse en el sillón de la sala con una botella de grapa y un vaso grueso entre las rodillas. Bebió rápido, varias veces, hasta descubrir la casa extraña y viviente, e intuir a lo lejos el ruido de la trituradora de basura superponiéndose a la voz ahogada del Negro que discutía con Verónica, y parecerle que el aliento le olía a arrayanes. Dejó la botella en el suelo. Buscó tambaleante las sábanas. Soñó algo monstruoso. Se despertó a las ocho, amnésico.

## XXXII

Respirándole en la nuca, tirándole de los cabellos, enlazándolo con las piernas por la espalda, apretando su vientre al vientre de Demetrio, Verónica terminó de arquearse y cayó como si la hubieran desarticulado. Pronto los dos rugían de nuevo, esta vez sin verse los rostros, ella hundiendo las rodillas y las manos en las sábanas, él asiéndola por la cintura, llegando y yéndose. Hubo un momento de ceguera, de desorientación en cada movimiento, y finalmente un súbito reposo de sudores mezclados. Verónica encendió un cigarrillo y se acostó de cara al techo, mirando ese horizonte invisible que divisan los amantes satisfechos. Permanecieron un buen rato en silencio, hasta que ella habló. Me estás jodiendo la vida Demetrio, tenés que hacer algo. Y él hizo: se abalanzó sobre ella, le pasó los brazos por detrás de la cabeza, la aferró fuerte. Liberándose y dando medio giro, ahora posada encima de él, aprisionándolo entre sus muslos, Verónica abofeteó a Demetrio con rabia.

## XXXIII

Cada vez eran mejores los abrigos que se paseaban por la calle Corrientes. Los restaurantes se llenaban, los cines habían renovado sus butacas, las tiendas de veinticuatro horas nunca habían relucido tanto ni habían parecido tan bilingües. Ciertamente, también se iban extinguiendo ciertos detalles del paisaje: pequeñas salas de cine con títulos distintos; las polvorientas librerías de segunda mano, con su olor a página chamuscada, atendidas por inverosímiles ancianos que todo lo sabían de memoria; ciertas cafeterías de mobiliarios más modestos. Y sin embargo qué brillo, qué elegancia la de los viandantes: Demetrio los veía descender con entusiasmo de los taxis, volviendo las aceras más aseadas, destilando colonia. A él, que no iba al centro demasiado a menudo, el cambio le llamó la atención sin llegar a preocuparlo.

Bajó por Reconquista hasta Lavalle, donde se topó con una criatura de dos tonos, un largo tigre bicéfalo: de un lado discurrían las hileras envueltas en cuero, joyas, pieles; del otro lado, cuerdas y cuerdas de siluetas sucias. De vez en cuando sus trayectorias se cruzaban, y entonces se oía una negativa, una insistencia y un brusco aumento de velocidad en el golpeteo de unos zapatos. A Demetrio no le era desconocida esa música, pero esta vez se le antojó mucho más frecuente. El cambio le llamó la atención sin preocuparlo. Circuló trabajosamente entre ambas hileras, entre el dorado y el gris, notando una presión asfixiante desde ambos costados.

Divisó el escaparate de una juguetería y se deslizó a través de la muchedumbre. Se ofrecían muñecos, pelotas, fortines, casas en miniatura, extrañas armas espaciales, objetos lumínicos de utilidad desconocida para él; pero nada que le interesase. Entró y preguntó a la dependienta, que lo miró un tanto extrañada y le respondió que no.

Visitó sin éxito varias jugueterías más. Algunas ni siquiera vendían de quinientas piezas. Y las que sí, no tenían ninguno que reprodujese una foto de Bariloche, de sus montañas, lagos y flora.

Demetrio volvía malhumorado por Lavalle. Atardecía lento, el último frío de agosto parecía no querer despegarse de la ciudad. Caminaba hacia la parada del 93 cuando, de pronto, un tímido resplandor interrumpió su camino. Se volvió hacia un escaparate poco iluminado. Dio unos cuantos pasos y, acercando la nariz al cristal, distinguió de inmediato la caja que buscaba. Irrumpió en la tienda atropelladamente, pidió esa caja sin preguntar nada, pagó, salió y huyó del centro, con quinientas semillas de una posada alpina con vistas al Nahuel Huapi bajo el brazo.

## XXXIV

Una tortilla seca; ternera recalentada; mal vino; y una naranja pelada con desgana. Luego mucho café para despejarse. Mientras se daba una ducha, Demetrio examinó su cuerpo y le pareció que su vientre aún era razonablemente liso, que sus piernas se mantenían tensas y su miembro no tenía un aspecto demasiado desgastado. El vello de su pecho seguía bastante oscuro y la cantidad de cabello que caía en la rejilla de la bañera no llegaba a ser alarmante. Se sintió casi bien al interrumpir el agua. Su piel goteaba frescor y la toalla fue secándola con amigables roces. Se vistió con una camisa a cuadros, un pantalón vaquero y las viejas botas negras que esperaban al pie de la cama. Fue a la sala y, sin detenerse en la ventana, se sentó frente a la mesa, donde ya tenía todo preparado.

Lo primero que apareció fue la chimenea. Surgió de la nada, cerca del límite superior, como un pájaro de humo que asomase curioso la cabeza. Entonces fue más fácil continuar por el tejado, ir dilucidando su perfil isósceles y algún ápice de vegetación por detrás, después la masa sólida de las vigas, el destello en el cristal de lo que sería una ventana, y ya casi el tenaz ronroneo de la corriente, la delicada brisa...

Uno nunca entiende por qué los problemas se buscan entre sí como queriendo formar familia, pero todas las cosas empezaron a contagiarse aquel mismo verano. Desde mi pieza oía que el Nahuel corría distinto, como apurado, demasiado inquieto para ser enero. Aunque así, encerrado, yo no podía darme demasiada cuenta de cómo iban las cosas allá afuera, la falta de libertad también tenía una ventaja: escuchaba hablar a mi viejo. A través de las mismas paredes que me habían hecho saber que mis padres de vez en cuando se deseaban, escuché durante esos dos meses las noticias que el viejo iba trayendo del aserradero, dichas en voz cada vez más baja. No llegué a entender bien las últimas.

Y destacado, solo, el formidable tronco de un cedro protector. El turquesa del cielo alrededor de la humareda no puede ser sino de mediodía. Como al azar, flotan en el fragmento flores blancas con un ojo de oro, y luego un archipiélago de hierba alta y despeinada, y monedas de agua aquí y allá, esparcidas.

A la noche ya no se oían nunca los muelles de la catrera de su dormitorio, sólo las voces: la de mi viejo, constante, recia; y la de mi vieja, esporádica y nerviosa. Las cosas no dejaban de empeorar, la producción bajaba y corría el rumor de que el aserradero iba a quedarse con menos personal o incluso a cerrarse. Pero el viejo seguía levantándose con el sol, desayunaba despacio, mamá lo acompañaba en silencio, sin probar bocado, y seguía llevándose el almuerzo en una cajita de plástico y volviendo al atardecer, cuando el frío aflojaba las maderas y la cabaña empezaba a



crujir. Pero todos sabíamos. Yo, mientras tanto, ya no buscaba el sueño y me conformaba con el cansancio. A veces, a la hora de los pájaros extraños y del último reflejo de luna sobre el Nahuel, ella se me aparecía flotando en la ventana o sobre la mesita.

## XXXV

Al final el laburo es lo más importante que ay, porque lo que te da de morfar no es la siestita el domingo ni el fulbo ni la familia, y además resulta que ellos son los primeros que ay que alimentar, ¿no? Yo siempre se lo decía a Demetrio pero él andaba como perdido, últimamente mucho no hablábamos porque él andaba medio yo qué sé. Agarraba y se lo decía, mirá hermano que si empezás a llegar tarde y laburás así sin ganas entonces cagamo, pero él ni bola, qué vasaser. Claro, le decía yo, como no tenés pibes te podés dar el lujo de decir que estás podrido de juntar basura, ¡mirá vos!, ¿y te creés que a mí me gusta, querido? Lo que pasa es que vos estás viejo, me decía él, y los dos nos cagábamos de risa, vos estás viejo me decía, y yo le contestaba: No Demetrio, lo que pasa es que aprendí.

Otras veces se lo decía a mi mujer, le comentaba me parece que el Demetrio anda metido en algo raro. ¿Raro cómo?, me preguntaba ella y yo le decía no sé pero algo raro. A ella no le parecía pero me escuchaba igual, hacía meses que la tenía bien atadita en corto a la guacha después de todo el quilombo que había pasado, yo la perdoné porque en la vida hay que ser buen cristiano y además no se enteró nadie y fue una vez sola nada más, llorando me lo juraba, una vez nada más. Para mí que fue con el hijo de puta ese del tercero, ¿sabés cuál te digo?, al muy reventado ya lo pesqué varias veces relojeándola a Verónica así medio de costado, si sé seguro que fue él le tiro abajo la puerta y lo cago a patadas, ella me juraba que no, que con él no, mejor vamos a olvidar, decía. Pero bue, ella me escuchaba y me decía Negro no te hagás mala sangre por Demetrio, él nunca fue tan trabajador como vos Negrito, está siempre cansado y vive solo, no ves que no habla con nadie y se debe sentir solo. Y es verdá, tenía razón Verónica porque al final uno por lo menos tiene una mujer que lo quiere y unos pibes sanos que van a la escuela y se educan graciadíós.

Yo por eso algunos sábados lo invitaba a comer a casa mentendés, para que no estuviera ahí encerrado todo el día, y al principio sí, él venía seguido y nos reíamos de lo lindo tomando vino o hablando de fulbo. Pero después empezó a venir menos, no podía casi nunca, que ese sábado se tenía que ir a otro lado, yo qué sé. Entonces claro nosotros dejamos de llamarlo y la cosa como que se enfrió un poco, la verdá. Una vez hasta me tuve que peliar con Verónica porque estuvo medio maleducada con él, y yo le dije qué son esos comportamientos con un invitado, parece mentira carajo. A lo mejor él se ofendió, bah, no creo, pero de repente dejó de venir. Igual él siempre fue un poco así ¿viste?, como de estar y no estar. Yo a veces le pagaba el desayuno, por compañerismo mentendés, porque últimamente lo veía tristón, pero me acuerdo que un día él me dijo sos un huevón Negro, encima me pagás el desayuno, y yo me entré a cagar de risa pero él se quedó todo serio. Medio rara, la cosa.

## XXXVI

Justo antes de que la avenida Independencia se derrame en la arteria brutal, en la fosa común de la 9 de Julio, está la calle Tacuarí. Modesta y de poco tránsito, en Tacuarí estaban las últimas escalas de la recogida. Para Demetrio y el Negro su utilidad consistía en que por ella se bajaba hasta la avenida San Juan, donde podían estacionar cerca del cruce con Bolívar y desayunaban antes de emprender el regreso al vertedero. La luz viscosa de los faroles se quedaba pegada a las esquinas de Venezuela, México, Chile. Dos siluetas las enumeraban trabajosamente. Apático, Demetrio le iba entregando al Negro las bolsas de un modo que parecía enfatizar su contenido. El Negro las recibía murmurando. Acababan de terminar con Tacuarí a un lado de la avenida, y ya subían al camión para completar la otra mitad cuando, de pronto, Demetrio distinguió un bulto gris y una barba plateada en la penumbra de un portal. Le señaló la visión al Negro, que se extrañó también: conocían de memoria cada calle y cada uno de sus gatos, ladrones y mendigos. A ese no lo habían visto nunca.

Sintiéndose observado, el viejo —que en realidad no dormía— gimió una frase astillada y asomó lentamente su nariz hacia la luz grisácea. El Negro se agachó mientras la nariz se le acercaba, hasta quedar casi frente a frente: era una nariz curva y verrugosa, plantada por encima de unos bigotes que se confundían con una barba sin forma definida. En un orificio de la pelambre relucía una pequeña boca de labios oscuros. Esa boca habló, y les dijo que se fueran a mirar a su abuela. Súbitamente divertido, Demetrio le explicó que no deseaban molestarlo, pero que no lo habían visto nunca por allí y les parecía raro. El mendigo, dejando ver unos ojitos ladinos y un sombrero ladeado, les confirmó que era apenas la segunda noche que pasaba en esa calle, y empezó a contarles. Demetrio y el Negro supieron entonces que había compartido fogón con el grupo de andrajosos de la 9 de Julio, pero que eran una manga de prepotentes y solían formar bandos que se disputaban el territorio y los desperdicios, sometiendo a los pordioseros más débiles o a los que no pertenecieran a ningún bando, como él, que ya era demasiado viejo para medir su autoridad con nadie, y demasiado experto para soportar que le diesen órdenes. Así que había decidido mudarse a la calle Tacuarí, territorio de nadie, donde esperaba dormir mejor y, con suerte, encontrar caridad o al menos buena basura. Demetrio lo escuchaba e iba sintiendo una inexplicable alegría. Y, ante el estupor y las quejas del Negro, le pidió al viejo que subiera con ellos al camión, tratándolo de usted y abriéndole la puerta para dejarlo pasar primero.

El viejo, bien es cierto, no olía a agua de rosas: su abrigo desprendía un polvo condensado por la humedad, esa especie de ceniza blanca que es el aliento de la boca

del tiempo. El sombrero, alguna vez de fieltro, retenía un tufo a sogá vieja proveniente de la mata de cabellos. Sus dedos eran largos apéndices de mugre, negruras con falanges que lo tocaban todo con fruición de manos vacías. Y al Negro nada de eso le hacía mucha gracia. Pero algo había en la mirada del viejo de Tacuarí al contemplar las calles desde el camión, cierta amnésica felicidad de niño, que le llenó a Demetrio la mañana.

El camarero del bar de Bolívar se quedó perplejo ante el desfile: el Negro a la cabeza, imponente, bigotudo y con aire contrariado, envuelto en su traje fluorescente, seguido de Demetrio, con el mismo atuendo y el gesto más risueño, tomando delicadamente del antebrazo a un anciano harapiento y estrafalario que insistía en poder caminar él solito. Se acomodaron en la barra y pidieron tres cafés con leche y tres medialunas. El viejo de Tacuarí contempló la taza que le servían, después miró a Demetrio y sonrió con sus pocos dientes. Mediante un parsimonioso rito de disección se fue llevando la medialuna a la boca, y finalmente tragó el café de un solo sorbo con un brusco movimiento de la tráquea. Demetrio observó que, en lugar de verterlo en el café, se guardaba el sobre de azúcar en un bolsillo junto con la cuchara. Le pidió al camarero que le cobrase todo a él. El Negro parecía desconcertado. El viejo de Tacuarí hundió una mano en su abrigo y extrajo una latita que agitó como un sonajero. Se la extendió a Demetrio, que la rechazó riendo: Por favor, cómo se le ocurre. El viejo se encogió de hombros, le dio las gracias sin aspavientos y volvió a guardar la latita.

Regresaron al camión. Demetrio lo invitó a subir de nuevo y le contó adónde iban, describiéndole el vertedero como si de una juguetería se tratara. Los ojos de botón del viejo se iluminaron por un instante, pero enseguida pareció asustado y le respondió que temía cansarse yendo tan lejos y que prefería volver a Tacuarí. Demetrio se ofreció a llevarlo de vuelta al portal. El viejo de Tacuarí le dio las gracias y le explicó que no hacía falta, porque caminar un poco cada mañana era bueno para los huesos.

## XXXVII

El humo se enmarañaba como una enredadera transparente. Cuando las soplaban, las volutas amagaban con huir despavoridas y pronto volvían a unificarse en una columna que seguía ascendiendo con indiferencia.

Al cigarrillo de Verónica, que asomaba entre los dedos su cabeza incandescente como si hurgara entre dos piernas, le quedaba poco para consumirse. Estaban desnudos. Bocarriba, contemplando la porción de techo enfatizada por la luz, no se miraban. Tampoco se oían sus voces. Respiraban al ritmo del humo.

De la habitación sólo podía distinguirse una silla a un costado de la cama, con ropa de hombre doblada sobre el respaldo, y al fondo unas cortinas matizadas por el resplandor anémico que llegaba de la calle. El resto quedaba en penumbra, excepto un zapato de mujer y un trozo de alfombra subrayado por el haz que se deslizaba bajo la puerta.

Demetrio comenzó a pensar en la hora, en que pronto los hijos de Verónica saldrían del cumpleaños de su amiguito, en que tenía ganas de armar rompecabezas en su casa en vez de seguir ahí callado y en pelotas. Tendrías que ir yendo, dijo con algo más de frialdad de la que había previsto, se te va a hacer tarde. Ella pareció suspender su respuesta hasta la última bocanada; tras exhalar el humo, se quedó observando su desaparición y despegó los labios con un ligero chasquido. Ya lo sé, son mis hijos por si no te acordabas.

Verónica giró hacia el borde de la cama y aplastó el cigarrillo contra el cenicero de vidrio, con un emblema medieval grabado al fondo, que había sobre la mesita de noche. Bueno, voy a vestirme, murmuró Demetrio sin levantarse todavía. Son y media, contestó ella, tengo tiempo de sobra si me tomo un taxi, por qué no te acercás un poco y nos quedamos así diez minutitos más, total qué importa. Sí Vero, pero no sé para qué vamos a esperar hasta último momento si después ya sabés lo que pasa, los apurones, los nervios, siempre lo mismo. Claro, pero a lo mejor me pasa que te veo muy poco y me gusta aprovechar lo más posible, y entonces eso me importa mucho más que todos los nervios y los apurones juntos, ¿te das cuenta? Mirá negra qué querés que te diga, no sé si estar diez minutos más sabiendo que hay que irse y tomar un taxi rápido es aprovechar el tiempo; y eso de que nos vemos tan poco, depende. Mirá vos, qué raro que esas cosas no me las digas nunca antes de irnos a la cama, cuando te arde el pantaloncito. ¿Y qué pasaría si te las digo? No sos tan hombre como para eso. Capaz que tu marido sí es tan hombre, pero entonces no sé qué hacés engañándolo conmigo. Sos un hijo de la gran puta, Demetrio. Dale negrita, que se te va a hacer tarde.

## XXXVIII

Había noches que me moría de ansiedad y sin embargo iba al baño y no podía hacerme ni una paja, sentía una mezcla de asco y miedo, a veces me parecía oír su voz entre los arrayanes y me ponía a llorar hasta que me faltaba el aire. Por lo menos así a veces conseguía dormirme. Después los desayunos siempre iguales, mi viejo ya se había ido al aserradero, mi vieja y yo comíamos pan atrasado y mermelada casera. Ella en algún momento me miraba y entonces se largaba a llorar también y me decía que se acordaba mucho de mi hermano Martín, que estaba haciendo el servicio militar en Neuquén, que ella sabía que él ya no iba a vivir más con nosotros y dentro de dos años me iba a tocar a mí, que por favor yo sí volviera para ayudarlo al viejo, porque las cosas estaban cada vez más difíciles. Pero yo no podía consolarla, y mucho menos llorar con ella, a duras penas me obligaba a mí mismo a conmovirme un poco. Ya había gastado todas las lágrimas antes, a la noche.

Sobre el alféizar de cada ventana hay maceteros florecidos que parecen banderas. Nadie se asoma a ver el cedro centinela que cada vez va hinchando más su tronco, o los fragmentos —aislados, aunque ya reconocibles— del espejo del lago. La lengua ocre del camino todavía no enseña su final, tal vez no tenga. Y la pizarra negra del tejado, como una empecinada noche en pleno mediodía, sigue absorbiendo el brillo de un sol desaforado, por ahora invisible.

Yo en realidad no sabía seguro, pero una tarde un poco fresca me di cuenta. Papá volvió demasiado cariñoso, como nunca había sido. Cenamos en silencio y cada tanto él me miraba y sonreía de una manera que me daba miedo, como compadeciéndome por algo que todavía no me había pasado. Me mandaron rápido a mi cuarto sin ni siquiera pedirme que sacara la mesa o lavara los platos, y entonces me encerré a completar algún rompecabezas. Al día siguiente mi vieja, con cara de cansada, me explicó que cuando empezara el otoño yo no iba a poder volver al colegio como todos los años, y me abrazó y me dijo al oído que iba a tener que crecer de golpe.

## XXXIX

La voluminosa silueta del Negro descansaba como una protuberancia más en la penumbra. Los camiones dormían un pesado sueño, enfriando sus estómagos. Mientras caminaba, Demetrio miró tan fijamente al Negro que olvidó cuál era el cuerpo que estaba en movimiento: le daba la sensación de que era él mismo, paralizado, quien veía al Negro aumentar de tamaño y dirigirse hacia él, que lo esperaba en guardia y dispuesto a cualquier cosa.

Pero, desde su puesto en el hangar, el Negro ni siquiera reparó en Demetrio hasta bastante tarde, cuando su rostro pudo adivinarse a la luz de los focos instalados a la entrada. El Negro ya se había enfundado el traje fluorescente y bostezaba estirando el bigote, rascándose ostensiblemente un testículo como sólo lo hace un hombre que se cree a solas. Similares a un eco o a un recuerdo, desde el casillero del vigilante se oían una voz angustiada y los fuelles llorosos de los bandoneones. Sólo cuando estuvieron frente a frente, Demetrio dijo hola Negro qué hacés, como si hubiese preferido tenerlo bien a la vista para observar su reacción, y acá andamo querido qué vasaser, respondió su compañero dejando escapar un formidable bostezo que hizo temblar su bigote. Demetrio se tranquilizó.

El semáforo lanzaba su advertencia roja para nadie. Ellos dos no solían hacerles demasiado caso a los semáforos hasta que los automovilistas empezaban a aparecer por las calles, pero Demetrio se había quedado mirando la luz con las manos quietas en el volante. Permaneció así hasta que el destello descendió y cambió de color como la ficha de un tablero, y entonces se enderezó en el asiento y dijo sabés qué, vamos a ver al viejo. El Negro se limitó a cruzarse de brazos y mirar a Demetrio en espera de alguna explicación. Poco después, sin embargo, el camión se detuvo en la esquina de Independencia y Tacuarí. Descendió sólo Demetrio, que echó a andar en busca del segundo portal a la derecha. Al principio no vio a nadie y se preocupó, pero avanzó hasta el siguiente y ahí sí, acurrucado contra el marco, en equilibrio sobre el peldaño de la entrada, con la cabeza muy metida entre las solapas hasta parecer apenas un abrigo tirado en el portal con un sombrero encima, pudo distinguirlo. Demetrio profirió un *ejem* en voz bien alta. Entonces hubo un temblor entre los pliegues del abrigo y, como un quelonio salido de la mugre, emergieron la cabellera canosa y la narizota poceada del viejo de Tacuarí.

Viendo que Demetrio tardaba más de lo previsto, el Negro salió del camión para recordarle lo tarde que se les había hecho. Avanzó, vio venir a los otros dos y dio media vuelta con un gesto de fastidio. Los tres se reunieron en la esquina. El viejo trepó al camión con naturalidad y se acomodó en el centro del asiento. Demetrio se situó frente al volante. Pero el Negro no subía, inmóvil junto a la puerta,

contemplándolos con las manos en la cintura. ¿Qué pasa, el otro no viene?, preguntó el viejo intentado adecentar un poco su sombrero.



## XL

Lo que más destacaba a aquella hora eran el vidrio y el plástico. Más tarde serían sobre todo las latas, y casi al atardecer de nuevo los vidrios, aunque eso Demetrio jamás llegaba a verlo. Ahora él contemplaba el relucir de las astillas vidriosas, los bidones vacíos y abollados como islotes supervivientes de alguna inundación metódica e inmunda. No sabía muy bien qué hacían al cabo de los años con todo aquello, adónde iban a parar los excedentes de la montaña, a qué estómago o a qué boca. Era lógico, inevitable que la cantidad creciera, pero el vertedero había llegado a un punto tal que su voracidad parecía volver inútil cualquier insistencia: su caudal daba siempre la impresión de ser el mismo.

Se le ocurrió imaginar que la mole, una vez digerido su hediondo banquete diario, excretaba las sobras hacia el corazón de la ciudad, y de allí partían diseminadas a cada hogar y a esos contenedores de las calles que más tarde volverían a alimentar el vertedero, una y otra vez. Era interesante la cuestión de la mierda y su itinerario. Quizá no tanto como el cine o el fútbol o los bares; pero yo no soy actor ni futbolista ni tampoco barman —pensó Demetrio—, yo soy basurero y debo pensar en la mierda con la que trabajo. Sintió que en realidad no le molestaba la idea de quedarse mirando aquello todas las mañanas de toda su vida: sólo hacía falta seguir igual, seguir igual. Alguna nube se desplazó allá arriba, y entonces las botellas se encendieron como desoladoras lámparas después de una batalla.

## XLI

Yo te digo que a mí lo del zaparrastroso ese nunca me gustó, y mirá que se lo avisé eh, yo no sé para qué carajo vamo a estar paseándolo de acá para allá como si fuera un conde, acá estamos laburando en serio y vos te encaprichás con un piojoso, mamita mía. Igual ahora ya sé por qué Demetrio hacía esas cosas, bah saber no sé, pero uno de a poco va carburando y en una de esas dice ¡chau!, ya entiendo, me parece que las hacía para no pensar tanto.

Medio perdido andaba, últimamente mucho no hablábamos, eso ya lo dije antes pero es que el tipo una de dos, o se hacía el balero por cualquier cosa y tenía la jeta torcida toda la madrugada, o de repente se ponía de lo más contento con boludeces como esa, como la del zaparrastroso. No ves que estamos muertos Negro, me decía, lo que pasa es que vos te conformás. Y vos qué le contestaba yo, ¿acaso te creés que no te conformás vos también? No, contestaba él, yo no me conformo. Me resigno.

Y sí, fue raro. Justo cuando decía eso y parecía más tranquilo, un poco más adelante, un mes, no sé, justo ahí, ¿no?, después de lo del piojoso fue la cosa. Yo sé que le dolió, fue como una deslealtá, pero como después de eso se empezó a quejar menos y a laburar bien, callado pero bien, yo al principio pensé: este por fin decidió no hacerse mala sangre y a partir de ahora se va a dejar de macanas. ¡Y me alegré, mentendés! Yo la verdá me alegré. Pero resulta que no, quera al revés. Pasaba que ya no tenía palabras para decir lo podrido que estaba.

## XLII

A papá lo indemnizaron en el aserradero. Mucha guita no era, pero sí la suficiente para ir tirando un tiempito, digamos que no fue sólo el problema de la plata lo que lo hizo enfermarse. Yo miraba cómo mi vieja lo miraba, y se notaba enseguida que algo no andaba bien, que ya no iba a andar bien nunca más, no era posible ver a mi viejo postrado en el comedor tantos meses, primero frente a la ventana espiando la alegría un poco cansada de los amancayes, y después mirando la alfombra de las hojas secas en el pasto y después frente a la chimenea, cada vez con más leña, y él todavía sentado con una frazada encima de las piernas, no era posible ver cómo los meses se le hacían años en la cara sin pensar que algo tenía que pasar.

Él no buscó o no supo encontrar laburo, eso ya no me acuerdo. Sí sé que mi vieja estaba obsesionada con ahorrar, y que yo no sabía bien para qué. Mi viejo se levantó una sola vez y fue una tarde de luz débil, me acuerdo. Esa noche se oyeron gritos como antes, la voz de mamá conciliadora y el vozarrón de papá ocupando de nuevo toda la casa, después los muelles de la cama. Mi vieja le había hablado de ponerse a laburar ella. Él no había reaccionado inmediatamente, había escuchado a mamá durante la comida sin decir nada, ausente, y se fue a sentar frente al fuego con pinta de hacer siesta, pero de pronto se levantó como un animal furioso y empezó a recriminarle a la vieja que cómo se le ocurría, que había soluciones que no eran soluciones porque herían la dignidad, que la plata todavía no era tan poca, y que si lo queríamos matar de un disgusto íbamos bien. Esa frase terminó siendo como una bala que disparó papá contra su propia sien, pero que atravesó también la de mamá y sigue viajando, con el tiempo, hacia la mía. Yo siempre pensaba: menos mal que supe esquivar el tiro. Pero carajo, ahora uno se pregunta si esa bala no me mató a mí primero, sin darme cuenta en el momento igual que pasó con lo de los ahorros, siempre dándome cuenta tarde.

Esa noche se terminaron los gritos, fue la última vez que se iban a escuchar gritos en casa y la primera vez que dudé en serio de quién cuidaba a quién, de si realmente teníamos una familia, o si yo acaso no era el hijo huérfano de unos padres huérfanos, de si mi vida desde entonces no iba a estar siempre llena de preguntas de mierda como esas.

## XLIII

De pie, agotado, indolente ante las posibles bellezas del cielo encendido, al borde del gran hoyo, Demetrio se acordó del viejo de Tacuarí. Tampoco aquella vez había aceptado la invitación de acompañarlos al hangar. El frío, los huesos, el miedo a las distancias, la edad, todos los motivos más razonables sucumbieron de pronto frente a una certeza: era la dignidad del viejo lo que le impedía ir. Como si la oportunidad de visitar un lugar hediondo, donde poder encontrar en cantidades infinitas todo aquello que a duras penas conseguía por los suelos y contenedores de las calles, fuese tan tentadora que resultase humillante.

Hacía un rato que se había despedido del Negro. Lo había visto perderse como siempre, cuesta abajo, cada vez más redondo, más desprevenido, agitando estúpidamente la mano para saludarlo a él, inmóvil junto al hoyo. Demetrio fue al hangar a cambiarse de ropa y dejó su atuendo de recogida dentro del camión. Algo más tarde, aguardaba la imprevisible llegada del 93 haciendo cola frente al edificio de Correos. La posición de Demetrio en la fila estaba lejos de asegurarle un puesto entre los elegidos cuando llegara el vehículo, repleto y zarandeándose.

¿Utilizaba el viejo de Tacuarí el transporte público? Demetrio intentó imaginar cómo sería la vida siempre a pie, siempre sin casa. Aunque por otra parte, razonó, si bien el viejo se alimentaba de restos, jamás había tenido que dedicarse a recogerlos todos para cambiarlos de lugar. ¿Cómo sería vivir entre desperdicios, ser uno más de ellos?

## XLIV

Esto soñó Demetrio aquella tarde viscosa y desterrada.

Él se desliza por la calle. Una calle sin nombre, pero conocida. A su lado pasan figuras sin relieve, recortes de personas en papel de diario, atraídas por alguna fuente magnética situada a espaldas de Demetrio, que es el único que camina en sentido opuesto. Él oye a los transeúntes precipitarse calle abajo, pero sólo los ve durante una fracción de segundo. No se asombra de nada de esto y sigue avanzando por la avenida, así que era una avenida. Y bastante familiar. De inmediato se encuentra a punto de entrar en un bar pero ya no reconoce el barrio ni la calle, ni siquiera la puerta del bar. Prefiere no entrar y se aleja. Vaga por recodos no exactamente extraños, sospecha que ha regresado al mismo lugar del principio pero se le ocurre que tal vez sólo esté recordando su paseo anterior mientras transita por otra avenida similar, aunque tampoco está muy seguro de dónde estaba el principio. Sus pasos no se suceden de modo normal, en ocasiones le parece que son muy cortos y en otras le parece que va dando zancadas fuera de proporción. Al llegar a una intersección de la que nacen muchas calles estrechas, como los radios de una rueda de bicicleta, se detiene y sufre. Sospecha, o siente, o sabe que no será capaz de decidirse. Rompe a llorar sin ruido, casi con indiferencia. Entonces surge, de alguna de las callejuelas que van y vienen, un hombre corto y patizambo con una gorra de maquinista antiguo que no es otro que el Petiso, o por lo menos alguien idéntico al Petiso. Por un momento Demetrio teme que no lo reconozca, que pase de largo como los transeúntes de papel de diario, pero el Petiso no sólo lo identifica sino que lo abraza —como puede, medio cuerpo— y le demuestra un jubiloso afecto. Demetrio acepta y retribuye ese cariño y paga él mismo el tinto del Petiso. Luego abandonan la barra y emergen a la avenida del principio, junto a un cementerio frente a un lago. Entonces Demetrio comprueba que está solo y que a ambos lados cruzan, volátiles, siluetas y más siluetas de papel de diario. Empieza a contarlas. Cuando finaliza la cuenta, el cruce que se parece al eje de una rueda de bicicleta es mucho más pequeño de lo que parecía, y Demetrio no tiene demasiados problemas para dar con el portal que busca, es ese, es ese, le indica el Petiso pedaleando. El Petiso le dice algo y acto seguido desaparece, aunque no por mucho tiempo, ya que Demetrio ha elegido un portal y se acerca al bulto oscuro que yace en el umbral para despojarlo del sombrero y arrancarle el abrigo, que se va deshilachando por completo igual que un ovillo de lana: es el Petiso, sin sombrero y sin abrigo y sin nada de ropa, cubriéndose la cara con ademán travieso, exclamando desde su peldaño: ¡Me descubriste! Y en la boca no tiene dientes ni encías, sólo un gran hoyo oscuro. Demetrio entonces duda si aún está de pie o tendido entre sábanas que necesitan un lavado.

## XLV

Pienso que a lo mejor se forma una familia para matar la orfandad que cada uno siente desde que nace. Esa sensación me daba cuando veía a mamá llevándole la sopa y el pan al viejo y él no la miraba a los ojos, demasiado concentrado en la chimenea, como imaginándose su propia hoguera, intentando acostumbrarse a las llamas. Todos juntos nos sentíamos solos.

Ya. El cedro manda, es el emperador de la arboleda. Si creciera más rápido mataría a los pájaros que atraviesan el cielo. La imagen es exacta. La lengua polvorienta del camino llega casi al final, roza la orilla. En cuanto al agua inmóvil, su rostro sin espuma está dormido, le faltan dos retazos. Demetrio sabe cuáles. Encima de la mesa, en una caja a punto de vaciarse, se revuelven los fragmentos, como chispas de una llama que no ignora lo poco que le resta.

No nos sobraba ni la leña. Al principio del invierno habíamos llenado el galpón, pero papá ya iba teniendo que conformarse con poco y se calentaba moviendo las piernas debajo de la frazada de lana. Vos ahora disfrutá, me decía, viví. Hacía una semana me había levantado el castigo para que pudiera respirar de nuevo el aire del Nahuel. Andá nomás, volvé temprano pero hacé lo que se te cante, al fin y al cabo ya sos grande, ¿no? De repente mi viejo me hablaba distinto, tratando de que su voz tuviera veinte años menos que sus ojos. Mamá había empezado a organizar todo, resultaba raro verla tan llena de vitalidad, tanto más joven que él. Acababa de contarme. Nos vamos a tener que ir Deme, ¿sabés? Adónde. A Buenos Aires Deme, nos vamos para allá. Y cuándo. Pronto, pronto. Yo sentí que el estómago se me quemaba y que la cabeza me desaparecía. Después ya no sentí ni dije nada. Nunca más. Corrí por la orilla, exploré los caminitos entre los cedros, me senté en las rocas de siempre, me asomé a las guaridas de ramas cortadas para cuando hay tormenta. Pero a ella no la vi. Después supe: no la dejaban salir y le habían prohibido verme. Entonces me pareció todo tan lógico, tan simple, una desgracia empuja a otra desgracia. Cerré los ojos. Me imaginé los arrayanes, los escondites de la isla, hice un esfuerzo para grabármelos en la parte de atrás de los ojos porque sabía. Era tan simple. Debe ser como estar muerto, pensé, y volví a la cabaña y nada había cambiado de lugar, pero todo había cambiado de repente. Me encerré en el cuarto que ya no era mío a buscar como un boludo las lágrimas que no tenía.

Completo y definido, el tejado recibe un látigo de luz. Las margaritas rigen los costados del camino. Hay polen invisible. Hay aves que se ocultan. Hay peces que conocen el final del agua, el fondo de una mano inmensa que hace cuenco y se ofrece a la tierra. Hay calor y montañas. Más lejos hay pinares, y después todo azul. Más allá hay una mesa y otra mano, más grande y más pequeña, rozando con los dedos el

paisaje. Hay una pared blanca y una bombilla débil que parece la horca de alguien iluminado. Hay una silla, un hombre insomne, un salón en silencio. Y al fin, revoloteando, hay el espectro rojo de una figura obsesionante en camión, los senos atenuados de piña de pinares, un espectro que se mantiene a flote detrás de la ventana y que contempla con transparentes ojos de pez alucinado las espaldas del hombre, sentado y trabajando, solo junto a la mesa.

## XLVI

Los tacones afilados de Verónica resuenan para nadie. La falda le llega justo por encima de las rodillas. Fuma mientras camina, y su cabellera se confunde con el humo en movimiento. El bolso, bamboleante, le acaricia la cintura. Las ocho y media. Sus hijos acaban de saludarla desde la puerta del colegio con un júbilo que, en cierto modo, ha hecho que se sienta más culpable.

En Chacarita el bullicio bucea. La boca de metro de Lacroze expulsa con método trajes, mochilas, harapos, más trajes, mugre, portafolios. Los vendedores de garrapiñada lanzan de vez en cuando su pregón crocante. Verónica atraviesa el gentío, bordea el cementerio y gira a la derecha.

Sabe que él todavía no está en casa. Toca al azar un timbre. Quién es, ¿me puede abrir que me olvidé la llave?, andá a pedírsela a tu abuela. Toca otro. Sí, ¡propaganda!, no me interesa, gracias. Toca otro. Sí, ¡cartero, señora!, dirá cartera, ¡bien dicho, señora!, ta bien pase. Verónica empuja la puerta y entrecierra los ojos para ver mejor a través del pasillo. Sin paciencia para esperar el ascensor, sube por la escalera.

En el último rellano se detiene a respirar. Casi frente a la puerta de Demetrio, escucha ruidos en la vivienda vecina. Retrocede y baja apresuradamente unos cuantos escalones. Pronto aparece una señora curvilínea que se desplaza como si cada paso implicase una decisión. Verónica asoma la cabeza: la ve esperar el ascensor, abrir, cerrar la puerta con dificultad y por último hundirse hasta desaparecer. Verónica sube de nuevo mientras abre su bolso y extrae un sobre blanco. Vacila un poco frente a la puerta de Demetrio. Flexiona las rodillas y se agacha, protegiéndose instintivamente el escote aunque está sola. Desliza el sobre por debajo de la puerta y huye escaleras abajo, entre afilados golpes de tacón que resuenan para nadie.



## XLVII

Me acuerdo que le dije vos sos loco, pero questás diciendo, una barbaridá estás hablando, y él ni bola, bah escucharme me escuchaba, movía los ojos para todos lados, me miraba las manos, yo las movía mucho porque él estaba hablando puras pelotudeces. Otro laburo no se cacha así nomás, ¿o te creés que hoy está fácil cachar un laburo? No, me decía él, no es eso. Ah no, y entonces qué carajo es, a ver explicame. Lo que pasa Negro es que si yo tendría otro laburo al final sería lo mismo te das cuenta, o bah, más o menos lo mismo. A ver Demetrio, para entenderlo, ¿vostás o nostás podrido desto, eh? Sí Negro, sístoy. Bueno, entonces qué pasa si largás esto y al final no encontrás nada porque qué sé yo, porque nunca se sabe. Claro, pero testoy diciendo que el problema no es ese Negrito a ver si me captás, es verdá que no me lo banco más pero esa es la consecuencia, ¿mentendés? No señor nontiendo, vos lo que querés es complicarte la vida. Mirá que sos huevón Negro. Capaz que sí pero vivo más tranquilo. Por lo menos complicándome la vida tengo un poco más de libertá. ¿Ah sí?, y decime para qué mierda te sirve la libertá si estás así de podrido.

Al final nos veíamos menos. A la mañana a veces nos peliábamo, yo no quería porque con él no se puede discutir de nada mentendés, siempre tiene que tener razón porque el señor se cree muy piola, muy estudioso era de chico viste, en eso se parece a la Verónica, igualitos, mirá lo que te digo. Yo además cuando me enojo no puedo pensar bien, puras macanas digo, no sé hablar ni dos frases sin putear y agarro y mezclo todo, yo soy un tipo que me corre la sangre, no me hago el finoli como otros, questán siempre así como sin nervios, qué sé yo, prefería no peliarme con Demetrio, la verdá. Aunque claro, lo veía tan convencido que cómo mierda no iba a preguntarle, al final era un amigo, qué embromar, che pero vos tenés plata ahorrada en algún lado, ¿tenés algo?, ¡cómo vas a hacer sin guita! Yo te juro que en serio pensé que se había rayado, pero bue, lo que sí le hizo mal fue lo del zaparrastroso ese, fue un bajón porque Demetrio se había creído no sé qué, pensó queran amigos, el boludo.

## XLVIII

La luz giratoria iba dejando una estela anaranjada en el asfalto. La suciedad de todo el día y de la tarde y de su noche quedaba fugazmente delatada y volvía a oscurecerse. San Telmo era una piel curtida, una superficie de costras que aguardaba el alivio. Los neumáticos araban la avenida húmeda. Por la esquina de Bolívar con Venezuela, erizándose, cruzó una sombra momentáneamente anaranjada.

Bajaron los dos: Demetrio y el flacucho tímido. El Negro estaba con gripe y habían mandado a un sustituto que observaba cada movimiento de Demetrio con una exasperante atención de discípulo. El flacucho le hacía minuciosas preguntas acerca del trazado, el ritmo, los horarios, siempre en un tono de exagerado respeto. Demetrio detestaba sentirse maestro de alguien, y mucho más maestro en recoger la mierda de las calles. No pudo evitar cierta agresividad en sus respuestas, que en ningún momento parecieron desalentar al sustituto.

El uniforme del Negro era como una enorme criatura que le hubiese devorado todo el cuerpo al flacucho a excepción de su cabeza, que asomaba nerviosa y se movía sin cesar. Demetrio le preguntó con fastidio por qué no había traído su uniforme o por qué no había pedido otro más pequeño. El sustituto respondió entre balbuceos que uniforme propio no tenía y que otro no había, o sí pero no era suyo, o no solamente suyo, y que cada noche elegía alguno más o menos de su talla entre los que quedaban disponibles, pero que esta vez había dado la casualidad de que los uniformes de repuesto se estaban lavando y por eso al final se había puesto el del Negro, que le servía igual. Demetrio recibió la última bolsa de la calle Perú, torpemente lanzada por el flacucho, que parecía luchar más consigo mismo que con el peso de las bolsas. Te mintieron pendejo, le gritó, ellos no lavan nunca los uniformes, y además no sé si ese te sirve, a lo mejor en bolas trabajarías mejor. El flacucho soltó una carcajada atónita. Demetrio vio una alcantarilla y escupió.

Al acercarse a la 9 de Julio, Demetrio no mencionó al viejo de Tacuarí. Pensó en él en silencio, se lo imaginó acurrucado contra el hierro oxidado del portal, parapetado en su abrigo, el sombrero como un pliegue de la penumbra, resistiendo el viento oblicuo. Se prometió visitarlo en cuanto el Negro se curase, con suerte mañana, pensó. El sustituto se había quitado los guantes con dificultad y los había dejado junto a los de Demetrio, y ahora miraba al frente con una vaga expresión de soldado a la espera de órdenes. Demetrio apretó el volante y aceleró, sin siquiera girar la cabeza cuando pasó junto a cierto bar de la calle Bolívar donde el camarero, soñoliento tras la barra, acomodaba las tazas y se sentía un poco más solo que de costumbre. De camino al vertedero, el flacucho le propuso ir a desayunar juntos, nos lo tenemos merecido ¿no?, dijo con una sonrisa esperanzada. Yo nunca desayuno,

pibe, le contestó Demetrio.

## XLIX

*Mi amor:*

*Te escribo porque hace más de una semana que no nos vemos ni tampoco me llamás. Ya sé que no conviene que reciba llamadas tuyas por si el Negro está en casa, pero tampoco sería tan grave, mi vida, acordate que ya pasó una vez y vos hiciste como si necesitaras hablar con él. Fue muy peligroso y muy excitante. A mí me calentó un poco, la verdad. Así que me parece que más bien ya no querés llamarme, que ya no tenés tantas ganas de que hablemos como antes. ¿Te acordás cuando me decías que yo tenía la voz como una flauta dulce? A mí el Negro nunca me va a decir cosas así.*

*Demetrio, vos sabés perfectamente que si no nos vamos a la cama yo me las arreglaría sola, a lo mejor hasta me buscaría a alguien, qué te creés. Yo tengo voluntad y cabecita. Pero lo que no aguanto es esto, que me digan que me quieren y una diga que sí, que también, mucho, y después pasen dos años, ¡dos años, Demetrio! Y de pronto una vea que lo único que consiguió son algunos ratos de sentirse querida después del orgasmo. Por más que me discutas es así, es como si te oyera. ¿No te das cuenta que lo que no aguanto son las esperanzas? Yo prefiero un amante que sea un infeliz, que no me diga nada y me use como una muñeca inflable, y que yo lo sepa y lo use a él también. Pero vos me diste esperanzas y una fue creyéndote de a poco, una lleva dos años mintiendo todos los días y tratando de ser una buena madre y una buena ama de casa y una esposa más o menos digna.*

*A mí no me importa nada mentir. Tengo derecho a eso y mucho más, porque el verdadero sacrificio no es tener que laburar y traer la plata cada mes, ni siquiera matarse en dos trabajos como él. El sacrificio es haber tenido que renunciar a trabajar. Yo pude elegir otra cosa. Vos dirás: culpa tuya. Y es verdad, tenés razón, Demetrio, es culpa mía. Pero ustedes nunca van a entender lo que es guardar una vida dentro, cuidarla sola y aprender a quererla durante casi un año mientras ustedes lo más que hacen es imaginársela y arrimar la oreja al ombligo. Me desprendí de mi hijo y se lo di a él, le dije tomá, acá tenés el varón que tanto querías, tomá, yo lo sufrí por los dos. Cuando se complicó el embarazo tuve que dejar el laburo cuatro meses, más otros dos meses después del parto, y cuando querés volver a trabajar los muy hijos de puta te dicen que lo lamentan mucho pero que la empresa bla bla bla. Me pagaron tres mangos nada más. El juicio hubiera durado demasiado y nos hubiera salido carísimo, eso ya lo sabés. Y al fin y al cabo el Negro ahí tenía a su pibe, que le iba a enseñar a patear con las dos piernas desde chiquitito para que se acostumbre, para que no tenga una de palo, mirá qué grande está, qué lindo es, decíamos. Nunca vas a poder entender cómo se siente una después de eso, y por qué*

*entonces pensé casi sin darme cuenta: ¡ma sí, que lo mantenga él! Que nos mantenga y me devuelva el sacrificio. ¿Cómo se puede ser tan pelotuda? Al final ahora, encima, ni siquiera siento que me haya protegido. Ni a mí ni a nuestro hijo mayor, que ya va al colegio y que no sabe patear con la izquierda, igual que su padre.*

*Así que como verás me importa un pito todo. Pero lo que no soporto es haberte dado a vos algunas cosas que nunca le di ni a mi marido, para terminar viendo que pueden pasar diez días enteros y por vos que a mí me pise un tren. Supongo que pensabas llamarme en cuanto te entrara una calentura, y entonces preguntarme cómo estoy, cómo me siento, chupasangre, solterón de mierda.*

*Y te escribo por eso, porque no puedo estar diez días así, Demetrio, yo también tengo que vivir. Necesito escuchar que me querés, seré una cursi, qué le vamos a hacer. No ves que no te pido tanto, sólo quiero que hablemos más seguido, mi amor, y que nos escuchemos. Sin tu voz me voy a hacer vieja más rápido y ya no voy a tener fuerzas para detestar a mi marido y saber que me merezco algo mejor. Vos me lo hiciste ver. Así que te pido que seas fiel a esas palabras que al principio nadie te pidió.*

*Te ama y te espera,*

*Verónica*

## L

La valija más grande, la negra con una sola manija oxidada, esa era la mía y la cargaba calladito. También llevaba una mochila enorme que me tiraba para atrás, tenía que ir marcando cada paso con todo el cuerpo para no caerme. Mi vieja hablaba, hacía gestos, organizaba todo, pero su valija era chiquita y con ropa solamente. Y mi viejo, aunque con la mudanza había recuperado parte de su ánimo, llevaba dos mochilas medianas nomás, y arrastraba una especie de cofre con ropa de lana que hasta mamá había podido levantar cuando salimos a la estación: ahora yo era el más fuerte de los tres. Me parecía imposible. Miraba a mis padres, que resoplaban con la vista medio perdida, como tratando de ver algo borroso allá lejos, y entonces me sentía lleno de energía y de una confusión que nunca había conocido. Apuré el paso y apreté la manija áspera del valijón, más decidido y con más miedo.

Estábamos esperando en la estación, sentados en los bancos del andén. Comíamos manzanas y no hablábamos. Había poca gente. Me acuerdo, no sé por qué, de un pibe que jugaba con un autito de colección, de esos que parecen de la mafia o un taxi antiguo, me acuerdo porque yo había tenido un Matchbox igual, con el techo bien alto, a mí me hacía gracia porque los coches nunca eran así salvo en las películas, el pibe jugaba solo y la madre ni bola. De pronto al nene se le escapó el autito y fue a parar a las vías, ahí justo entre los rieles se quedó. Él miró para todos lados como esperando que alguien se lo devolviera, me miró a mí y yo le sonreí pero no hice nada, como hace la gente grande con los chicos, el nene ponía cada vez más cara de angustia, y ahí nomás se escuchó un sonido fuerte, una especie de flauta me pareció al principio, pero enseguida vimos la locomotora y empezó a llegar el ruido. Entonces el pibe se fue acercando a las vías así, medio indeciso, yo ahí ya estaba por avisarle a la señora, que seguía distraída conversando con otra señora, ya estaba a punto de levantarme pero no hizo falta, porque el mismo nene se apioló de que no iba a poder rescatar el cochecito, y se conformó con mirarlo desde el andén por última vez hasta que ¡zas!, la máquina pasó y lo trituró sin que saltaran ni siquiera los pedacitos, simplemente ¡zas!, desapareció y ya está. Me parece que cuando el pibe se dio vuelta me miró de reojo, como reprochándome algo, y después se fue con su mamá.

El tren era enorme, antiguo, iba con una locomotora amarilla diésel, a mí me decepcionó un poco porque esperaba una locomotora con chimenea y mucho humo. Los vagones tenían las ventanas turbias y adentro se adivinaban, qué raro, unas camas como de juguete con una escalerita. ¿Cuánto vamos a tardar?, le pregunté a mi vieja, y mi viejo contestó: Un día y medio más o menos, dejala un ratito tranquila a tu madre que está agotada. Y era verdad, porque se la veía toda encorvada en el banco, los ojos muy fijos en el suelo, despeinada y con un pulóver demasiado grande.

¡Treinta y seis horas!, así que para eso eran las camas, Buenos Aires quedaba más lejos de lo que yo creía, aunque quién iba a poder dormir en esas tablitas, papá seguro que ni siquiera entraba. A la estación habíamos llegado en ómnibus, pero mamá decía que viajar en ómnibus hasta allá costaba carísimo, igual todas las cosas no nos hubieran cabido, yo prefería el tren, mi primer tren, porque me habían contado que se podía pasear por los vagones, y que entre vagón y vagón se sentía todo el vaivén, y que a veces esos trenes-carreta frenaban de pronto para enfriarse, y entonces uno podía mirar el paisaje y escuchar el silencio.

Ya iba refrescando. En el andén había solamente un cachito de sol, y en esa parte no quedaba ningún banco libre. Algunos pasajeros empezaron a bajar del tren, miraban todo sin curiosidad y con cansancio en la cara. Mamá reaccionó de repente y nos dijo vamos, vamos, papá me hizo una seña y yo volví a agarrar el valijón. Me ardían las palmas de las manos, me costaba doblar los dedos. Caminamos por afuera del tren, a lo largo, buscando nuestro vagón que estaba casi al final, dale metete, me gritaba mi viejo, no te quedés atrás, y yo me distraía espiando las ventanillas, había cabezas asomadas, brazos colgando como mangas de abrigo, y cada tanto corría un poco hasta donde estaban mis viejos, pero enseguida me quedaba atrás. Me extrañó ver a un tipo llegando a su compartimento y tendiendo en la ventanilla una toalla húmeda, y de pronto me di cuenta de que había más toallas en otros vagones. Mientras subíamos, el viejo ayudándola a mamá con un brazo, vi unas letras pintadas de amarillo sobre el acero que temblaba: *Estrella del Sur*. Poco después sonó el aviso de la locomotora, y ya no me pareció una flauta sino otro instrumento más grave. ¿Cómo, qué decís?, gritó mi viejo, y yo le repetí la pregunta en voz más alta, y entonces él me contestó: ¡Para el polvo, hijo, las toallas son para el polvo!

## LI

Las hebras luminosas se entrelazan, completas, en el cristal del lago. Las rocas de los cerros, con sus pliegues nevados, duermen el horizonte. El cielo se parece más que nunca a un azulejo, el grupo de coníferas es un mosaico verde detrás de la cabaña. Algunos pájaros desenfocados vuelan hacia el sol, otros van a ocultarse en el hogar del cedro gigantesco, padre de los troncos. Ahora sí, el camino completo va lamiendo la tierra hasta beber del Nahuel Huapi. Lo flanquean solares margaritas. Un gato trepador contempla el lago sobre el viejo tejado de pizarra. Manando detenido desde la chimenea, un humo leve ensucia la exactitud del día.



## LII

Ni en el hueco de los pedales, ni en los asientos, ni junto a la rueda de recambio. Tampoco en los casilleros del hangar: no estaban. El Negro suspiró no de muy mal humor, con ese gesto triunfal de quien sufre el percance que había pronosticado. Se arañaba el bigote y callaba, comprensivo. Demetrio no. Demetrio, pálido, guardaba otro silencio bien distinto, con la aparente indiferencia que se talla en los rostros derrotados.

La madrugada anterior, el Negro había vuelto al trabajo. Los tres días de gripe le habían escarbado un surco debajo de los ojos y le habían dejado un rastro de impotencia en la voz. Demetrio había sentido un inesperado alivio al encontrarlo en el hangar, puntual como siempre, en lugar del aprendiz flacucho. La recogida de aquella madrugada había sido eficaz, reconfortantemente mecánica, sin preguntas idiotas, con algún comentario subido de tono cada tanto, alguna que otra risa no demasiado entusiasta. Cada calle era desprovista con método de sus desperdicios, los gatos parecían reconocer a la pareja y no maullaban con recelo ni arqueaban los lomos. En cuanto cruzaron la esquina de Independencia con Tacuarí, Demetrio le hizo una seña al Negro y bajaron los dos, se diría que alegres. El mendigo los esperaba con sus ojos de ardilla bien abiertos, los brazos rodeando las piernas, el raído sombrero con el ala hacia arriba. Demetrio le tendió una mano enguantada, y el viejo de Tacuarí se la aceptó con docilidad.

Habían desayunado los tres juntos como una impar familia. Demetrio, sin saber muy bien por qué, contemplaba con afecto a sus camaradas y sentía la necesidad de protegerlos. Al salir del bar, exhalando el vapor del invierno, Demetrio había hecho la misma propuesta de otras veces. Pero esta vez el viejo había contestado que sí. Se subieron al camión y partieron al vertedero. Una vez en el hangar, el Negro se cambió de ropa a toda velocidad y se despidió agitando una mano gruesa y amigable. Cuidando que el vigilante no los viera, Demetrio paseó con el viejo alrededor de la montaña multicolor, mientras le narraba la travesía de los desperdicios hasta las profundidades. El viejo de Tacuarí lo escuchaba asintiendo con su sonrisa sin dientes. Más tarde, fatigado por el recorrido, se sentó un rato con la espalda apoyada en el neumático de uno de los camiones. Entonces Demetrio le ofreció quedarse reposando en el hangar, oculto y bien arropado, hasta que los dos regresasen a la madrugada siguiente para llevarlo de vuelta a Tacuarí. El viejo aceptó con gusto. Fue fácil dar con un lugar propicio junto al camión de emergencia, tras el montón de neumáticos usados que desde hacía años se apilaban en un rincón del hangar. El viejo se despidió a Demetrio musitando palabras de gratitud. Demetrio se puso la ropa de calle, dejando su uniforme en el camión junto al del Negro, y luego dirigió una última mirada hacia

el fondo del hangar, donde podía imaginar al viejo de Tacuarí observándolo a contraluz a través de algún neumático, o acaso ya dormido.

El Negro había visto llegar a Demetrio, unos minutos tarde como de costumbre. Lo esperaba apoyado en el camión, cruzado de brazos, con un rictus entre agrio y satisfecho. Se había limitado a señalarle el habitáculo del camión, abriendo la portezuela teatralmente. Demetrio corrió hasta el fondo del hangar, hizo rodar de una patada varios neumáticos viejos, y volvió junto al Negro ya sin asombro ni turbación en la mirada. Por mero protocolo, buscó en la guantera y debajo de los asientos. Supo que sus trajes tampoco estarían en los casilleros antes de ir a comprobarlo. Luego, por fin, se sentó frente al volante del camión mientras el Negro traía otros dos trajes que no eran los suyos. Ahora Demetrio miraba al vacío, a la mole putrefacta que apenas se distinguía en la oscuridad.

## LIII

Un bajón tremendo lo del zaparrastroso, yo sé que le dolió más de lo que él decía, porque él se hacía el piola viste, pero a mí cómo me iba a engrupir, hacé el favor. Me acuerdo bien la jeta que puso, fue sólo un segundito pero no me la olvido más, ¿dónde pusiste los uniformes Negro dónde los dejaste?, no puede ser, ¿vostás seguro Negro?, no me mirés así che, ayudame a buscarlos... Le duró poco la duda al pobre. Enseguida se calmó y entendió lo que había pasado, bah, en realidá lo entendió desde el principio, lo que pasa es que no quería aceptarlo, y bue, le dije yo, no te hagás mala sangre Demetrio, cualquiera sequivoca, yastá, cambiate tranquilo, tomá ponete este más chico que te va a quedar fenómeno, a mí este otro me queda medio justini pero me sirve igual, dale apurate hermano questarde.

Y anduvo macanudo toda la madrugada, me acuerdo que desayunamo lo más bien, hasta de buen humor estábamo. Lo único malo fue al principio de Tacuarí, uh, ahí yo pensé ¡cagamo!, ahora va a querer ir a buscar al jovato, le va a decir de todo, cagamo. Pero no, para nada, agarró y me dijo Negro mejor bajá vos y yo me quedo acá, total son pocas bolsas, ¿eh? Sí hermano cómo no le dije yo, faltaba más, y me bajé del camión yo solito y la verdá, tengo que confesar que aunque me hice el sota miré de reajo al portal ese, me mató la curiosidá de ver si estaba ahí, qué vasaser. Pero no había nadie, bah, no me fijé muy bien pero creo que no, y cuando volví al camión Demetrio tampoco me preguntó.

A mí me parecía que necesitaba vacaciones, la verdá me daba un poco de bronca, yo laburo el doble que vos y no me pongo tan rompebolas, le decía, vos vivís solo y vas tirando con poca cosa, no sé, no hay derecho, uno se desloma laburando y el señor blandengue resulta questá harto. Pero bue, igual me parecía que más que nada necesitaba un descansito y yastá, yo qué sé, irse al campo, al final él es de campo, ¿no?, unos días tranqui y listo, se dejaba de tomar todo tan a la tremenda. Eso sí, viendo lo que pasó, ahora pienso si no tendría que haber largado todo antes, toda la mierda esta, en vez de quedarse acá hasta que de veras no pudo más.

## LIV

La veía retorcerse, como buscando alguna cosa con los brazos. La contemplaba en su desorden de temblores, mitad mujer y mitad espejismo. Aunque no podía verse, Demetrio era capaz de abarcarse aéreamente, de imaginar su propio cuerpo de espaldas, encima de otro cuerpo. Desde esta visión especular intentaba fundirse con ella, pero apenas conseguía asentir con unas rítmicas contracciones. Buscaba algún detalle sugestivo, acaso las caricias en el cuello, o esos pechos blandos que se agitaban y dispersaban y se iban y volvían, pero todo parecía inútil: nada de aquello era suyo. Y por qué gemir, para qué la mentira, le gritaba a Verónica en silencio, el sexo se hace solo, sin nosotros, el sexo se ejecuta a sí mismo. Demetrio pensaba a intervalos, nuestra transpiración es agua fría, me da lástima escucharnos gemir.

Hubo sin embargo unos instantes en los que Demetrio cedió, en los que llegó a creer que estaba equivocado. Descompuesto, percutía en Verónica con perseverancia, oyendo vagamente ay sí mi amor más fuerte seguí cómo me gusta ay así. De repente había sentido un progresivo desvanecimiento, las cosas tendieron a difuminarse, ya no estuvo tan seguro del día, del lugar, del número de habitación, de pronto oyó cómo otra voz se unía a la salmodia y el espejo se astilló en mil pedazos y sus fragmentos puntiagudos le cayeron en la espalda, se le clavaban en la carne con un daño delicioso. Un relámpago cruzó todo su tiempo, anunciándole el final, la ceguera le arrancó todas las fuerzas, y cayó. Entonces se besaron dulcemente, y él la amó más que nunca o como siempre o como antes. Pero bastó un abrazo de más, un beso demasiado largo para que el espejo se recompusiera y volase de nuevo al techo de la habitación, para que el cuerpo que se aferraba a él volviese a ser una presencia extraña.

Ya bocarriba, cerró los ojos e imaginó una orilla. Era de noche y todo aguardaba. El agua arrastraba un murmullo y se rompía delicadamente, se oían los grillos y algún pájaro, el aire era fresco y resbalaba por la piel. Respiró hondo, notando cómo la noche se infiltraba en sus pulmones y los llenaba de minúsculas estrellas. Entonces tanteó, encontró otros dedos que se entrelazaban con los suyos. Tocó un muslo suave, sereno, y enseguida supo que un poco más arriba habría un fino camisón blanco, un vientre como un altar, un rostro lejano y, en la cúspide, unas hebras incendiarias. Sintió que aquellos dedos lo convocaban a la resurrección y a una segunda muerte y, enardecido por su tacto, se abalanzó sobre ella para poseerla de una vez.

La tarde, el estallido. Los picos espolean un cielo perturbado. Se desprenden las rocas, arañando la espalda del coloso. Asomada a las aguas del Perito Moreno, la faz del cerro López se sorprende decrépita. Vaga el viento al azar entre las cimas, sobre nieve esporádica, hacia nubes que ensayan una muerte violeta.

Nuestra casa nueva daba a una callecita empedrada. Pasaban más bicicletas que coches, los pibes iban por ahí jugando, gritando, un quilombo lindo había en mi calle. Nosotros vivíamos en el tercer piso, muy alto no era pero para mí era una novedad rarísima, eso de andar caminando y durmiendo encima de los vecinos. La cocina era oscura, mi viejo siempre se quejaba de eso, querida acá no hay luz, tendríamos que abrir una ventanita no te parece, total tampoco debe ser tan caro, y mi vieja siempre le contestaba que, con todo lo que nos quedaba por comprar, cómo íbamos a gastar plata en un agujero para que ella pelara cebollas a la luz del sol, andá, callateonso, no soñemos con pavadas. Al fondo había un lavaderito para la ropa. Después la colgábamos en unas cuerdas debajo de la ventana del comedor, como las compartíamos con los vecinos de al lado había que ponerse de acuerdo con los turnos. Francamente, no sé, nos resultaba difícil vivir rodeados de tanta gente. Allá en los alrededores de Bariloche un vecino era un tipo que tenía una casita a diez minutos de la tuya, entonces de vez en cuando uno iba y le pedía leña, o en verano se lo encontraba nadando en el Nahuel Huapí o en el Moreno. Pero en Lanús los edificios eran bien angostos y bajos y las puertas de las casas estaban una encima de la otra, era como vivir en un panal, y eso que mi viejo decía que en la capital era mucho peor, aparte de más caro. Mi cuarto era un cuadrado chico y tenía dos camas por si mi hermano Martín volvía. Estaba casi vacío, sólo había un ropero que estaba metido en la pared y por adentro estaba lleno de tablas forradas en cartulina y un caño de metal para colgar las perchas. Yo puse todas mis cosas ahí menos dos libros y mis rompecabezas, los rompecabezas los dejaba en el suelo o en un cajón de frutas que papá había lijado y pintado para mí, tomá, dalo vuelta y te sirve de mesita de noche. En esa época nunca dejaba armados los rompecabezas después de terminarlos, me parecía que no tenía sentido, ahora en cambio necesito tener algo que no esté roto. Los dos libros eran amarillos, de tapa dura, con el dibujo de algunos personajes de la historia y una lista de títulos de otros libros en la parte de atrás. A mí no me gustaba que los personajes estuvieran dibujados, prefería que cada vez fueran cambiando de cara. Tenían letra chica y hojas gruesas muy gastadas, me encantaba olerlas. Lo mejor de esa casa era el agua, ya no hacía falta calentarla en cacerolas porque teníamos un calefón enorme en la cocina, había que tener un poco de paciencia nomás y salía bárbara. Mamá y papá dormían medio apretujados, pero nunca protestaron por eso.

Todas las mañanas mi viejo y yo salíamos a buscar laburo, él con el diario debajo del brazo, tosiendo, y mi vieja se enojaba y le decía que no se había abrigado bien.

La mirada del cerro es vertical. Las sombras, indecisas. Algo bulle en el lago que trastorna los dibujos del agua, algo enérgico y hondo. Los contornos se mueven sin llegar a afirmarse, reaparecen y se esfuman. No hay aves ni hay llovizna, el cielo está vacío por ahora, tan sólo enrojecido —o más: amaratado— por unas pocas nubes que estallan en silencio.

## LVI

Cuando Demetrio irrumpió como una débil brasa en la oscuridad con un traje que no era el suyo, daban las cuatro en punto de la madrugada. Con el aliento hostil del Río de la Plata endureciéndole los labios, dejó que por ellos resbalase una compacta almendra de saliva hasta la jaula de una alcantarilla, y vio cómo la materia espumosa se disgregaba entre dos o tres barrotes antes de caer. Complacido, rebañó los restos de humedad en los labios. El Negro le habló. Él no respondió, absorto en los barrotes, suspendido. El Negro se impacientaba, invocaba toda clase de represalias por parte de la empresa. La sordera de Demetrio parecía volverse más profunda, su aspecto era el de un esquimal de hombros tiesos, como si se hubiera olvidado de bajarlos. La voz del vacío corría por Independencia hacia la 9 de Julio, sin detenerse en las callejuelas transversales que ellos visitarían. La manaza enguantada del Negro impactó sobre un hombro de Demetrio, no puede decirse que violentamente, aunque sí transportando la advertencia de futuras palmadas menos amistosas. Un suspiro quebró la parálisis de Demetrio. Se ajustó los guantes y se agachó para capturar dos bolsas por los nudos y lanzárselas al Negro con toda precisión, y de inmediato volvió a agacharse y a hacer volar las bolsas hasta los brazos extendidos de su compañero, que iba depositándolas en el contenedor del camión mientras Demetrio ya lanzaba otras dos.

La madrugada había avanzado con dificultad, como si las horas cojeasen. La calle Defensa los recibió desganada, sin gatos. Bolívar se mostró previsible en cada desperdicio. Perú les ofreció su mugre con una especie de ordenada hospitalidad. En la esquina de Chacabuco y Humberto Primo alguien había desechado una lámpara de pie que por un instante, a causa de algún tipo de ilusión óptica, Demetrio creyó ver inexplicablemente encendida. A lo largo de Piedras, entre Chile y México, se encontraron con todas las bolsas horadadas. Perros, gatos e imprevistos parecían haberse aliado para desvelar los intestinos del vecindario, desparramando sus secretos. Demetrio se demoró en unos pañales de bebé que relucían entre la podredumbre, extranjeros en su blancura contra el nailon oscuro, tan jóvenes en medio de lo caducado: aquellos delicados pañales que, en definitiva, apenas disimulaban su verdadero contenido. En los últimos tramos de la calle Tacuarí, Demetrio prefirió no bajarse del camión.

Al girar por la avenida San Juan, el Negro divisó por fin a la primera estudiante muerta de frío, moviendo las piernas rápido; pero esta vez no encontró la complicidad ni la sonrisa de Demetrio. El hueco donde solían estacionar estaba ocupado por una furgoneta, así que se vieron obligados a dar un rodeo por Paseo Colón, donde los taxis ya eran muchos más y los autobuses se empañaban de bocas bostezando. A esa hora la ciudad, de algún modo, comenzaba a echarlos. A ellos, que tanto hacían por

maquillarla. Como intrusos fosforescentes, se habían llevado las últimas bolsas con un vago sentimiento de pudor que jamás mencionaban.

Desayunaron tostadas no del todo calientes y dos cafés con leche en el bar de Bolívar. Hablaron poco y con intermitencia. El camarero preguntó qué tal iban las cosas y el Negro dijo y ahí andamo, tirando. Como todos caballero, como todos. Ta dura la cosa. Pero hay que luchar eh. Y sí, qué vasaser. Y sí. Demetrio vio una medusa de nata flotando en su leche, hizo una mueca de asco y no dijo nada. En el bar había dos clientes más. Uno era tan gordo que se desdibujaba por los bordes. Al otro aún se le cerraban los ojos, vestía todo de negro y parecía un cura desmayado.



## LVII

... parece una calandria, o una alondra. O quizás una hilacha de humo que se mueve... La nube está incompleta, el cielo no consigue unificarse, se desmembra... Un pájaro cruzando. No, una sombra... ¿Y ese reflejo sobre el lago? Faltan piezas. ¿Hay más de las oscuras? A lo mejor al fondo... Él ve nubes que ensayan una muerte violeta y estallan en silencio, y sin embargo... No hay caso por ahí, no se resuelve.

Se levantaba a eso de las dos de la mañana, mi viejo. Llegaba a casa al mediodía, comía cualquier cosa, leía el diario, estaba un rato con nosotros y se acostaba tempranito, porque a las tres en punto se empezaba a hacer el pan. Creo que de esa época me quedó el gusto por los horarios raros. Él me dijo que mejor me quedase para ayudarla a mamá, que estaba muy sola. Que él nos podía bancar y si no después veríamos. Que la casa necesitaba arreglos y para eso estaba yo, que ya era un hombrecito. Mi vieja se la pasó repitiendo que el frío tuvo la culpa. La pobre estaba siempre con lo mismo, como si conocer el motivo exacto pudiera consolarla. Salir siempre tan temprano, en invierno, insistía. Pero yo sé muy bien que ya veníamos oyendo toser a papá hacía bastante tiempo.

La caída del cerro al otro lado... Algún trozo del día, arriba, lejos... ¿Dónde estarán las manchas que faltan en el lago?

Lo que no entiendo es por qué carajo yo me quedaba ahí como un pelotudo, pintando de verde una puerta o pelando verduras con mamá. Qué mierda estaba esperando para salir y decirle no, momentito, usted se queda acá, el que se va a laburar soy yo, que soy más fuerte, usted descanse nomás. O reemplazarlo por lo menos a media madrugada, no sé, algo. En cambio fui llenando mi cuarto de cigarrillos escondidos y rompecabezas.

¿Estallan en silencio aquellas nubes?

Llegamos a poner cortinas en el comedor y papá trajo un sofá de segunda mano, de color mostaza, que podía convertirse en cama de matrimonio. Era bastante feo, tenía los almohadones altos y rectangulares. Yo le puse la pata de madera que le faltaba.

Tampoco por abajo, el agua corre a trechos solamente... En cuanto a aquel pinar, que debería aparecer al lado, es imposible.

Un sofá usado pero cómodo, bah, decente. No hacía ruido al levantarse. Le ajusté los muelles.

Sólo atardece a medias, no mejora...

En ese sofá, ahí mismo, fue donde estuvo tirado cuando empezó la neumonía.

Las ha probado todas: ninguna pieza encaja entre los picos o logra sumergirse bajo el agua, ni quiere ir a las nubes ni a la nieve.

## LVIII

El agua karateca le golpeaba los hombros. Creyó sentir el recuerdo de una paliza que le hubieran propinado durante el sueño. El vapor lamía los azulejos del baño. Demetrio se rascó todo el cuerpo con jabón, se coronó de champú y dejó que el agua le removiera el cerebro. Miraba correr la espuma entre sus tobillos, dejándoles una señal blanquecina: imaginó sus canas, las que tendría o empezaba a tener, recorriendo las cañerías del edificio.

Buscó una toalla limpia. Quedaba una sola. Empezó a frotarse como si su materia fuese de otro. Tenía la piel más seca, o quizás el tejido de la toalla se había ido llenando de pequeñas púas de hilo. Cuando llegó a los muslos se detuvo a observar el pene, rosado y reblandecido por el calor. Le pareció un ridículo fruto. Sostuvo los testículos con una mano y, con la otra, dejó aflorar el glande. La toalla cayó al suelo. Demetrio decidió masturbarse y se sentó en el borde de la bañera, acercando la toalla con los pies. Enseguida creyó oír un lejano pitido al que no hizo caso, su pulso comenzaba a agitarse, cerró los ojos y continuó, para reconocer ya claramente el teléfono sonando desde la sala. Interrumpió el movimiento. No fue a atender. Poco después el pitido cesó. Se vio a sí mismo sosteniéndose los huevos, aturdido, esperando a que el teléfono sonara otra vez.

Eh, ¿sí? Hola, soy yo. Hola. ¿Por qué no atendías? Estaba durmiendo. Cómo, ¿todavía?, ¿vos sabés qué hora es? Sí ya sé Verónica, contame qué querés. Hablar con vos tonto, qué va a ser. Bueno, bárbaro, acá me tenés, decime. ¡Cómo que decime!, ¿no ves que hoy es domingo y Boca juega de local? Ah sí, me dijo el Negro el viernes que jugábamos, a lo mejor lo acompaño, hace mucho que no voy... ¿hola?, ¿Vero?, ¿estás ahí? ¡Sí estoy, guacho de mierda, sos un guacho y te odio, me oís! Sí claro, cómo no te voy a oír si estás gritando como una loca. ¿Vos te pensás que podés basurearme así y que yo me voy a dejar siempre? Pará un poco Vero, me despertás y encima es para insultarme, calmate un cachito, querés. ¡Estás muy equivocado si te creíste eso, muy equivocado! Tengo los huevos por el piso de tantos reclamos, en eso no creo que me equivoque. Escuchame Demetrio, vaya y pase que vos no me llames por precaución y que yo siempre tenga que llamarte, vaya y pase que me tenga que conformar con un ratito de vez en cuando, y que hasta tenga que insistirte para vernos, y que vos casi nunca me propongas nada, pero ¿sabés qué?, esto así ya no va, no me lo banco más. Mirá Vero, no sé si nos vemos tan poco, últimamente puede ser, pero cuando nos veíamos más seguido también te quejabas, el problema es que vos siempre querés más, a veces parece que aparte de los pibes te pasás el día pensando en engañar a tu marido. ¡Cómo sos capaz de caer tan bajo, Demetrio Rota, cómo! No te enojés negrita perdoname, ta bien tenés razón, hagamos una cosa, ahora me visto,

como rapidito y salgo para allá, ¿estamos? No, no estamos nada porque estoy harta y esto así no va más, ¿entendés?, así no. Y bueno gorda, entonces explicame cómo va a ir, a ver. Ah es muy simple querido, yo lo que quiero es separarme de una buena vez y agarrar las valijas y vivir juntos, nada más. ¡Pucha digo, otra vez con eso!, y los pibes ¿qué? Eso ya lo hablamos Demetrio, al principio se quedan con su abuela que para eso está, no viste que ella se muere de ganas de controlarlos y anda siempre llevándome la contraria, muy bien entonces listo, que se mude a la casa de su hijo y que cuide a los míos por un tiempo, nos podemos ir turnando hasta que todo se tranquilice, y después en tu casa hay un cuarto libre para los nenes ¿no?, total yo tengo algo de guita ahorrada, ¡o mejor todavía!, mejor voy con los chicos para allá directamente, y los fines de semana que se queden con el padre y la abuela, es mejor que los días de semana estén siempre conmigo, así los llevo al colegio que están acostumbrados, para vos no sería tanto trabajo, de ellos me ocupo yo, Demetrio date cuenta, yo te quiero, ¿no ves que ya no puedo vivir más en esta casa sabiendo que vos estás ahí solo en la tuya?, ¿Demetrio...?, ¡contestame! Eh, no sé, mirá Verónica, yo no estoy tan seguro, la guita que tenés se acabaría enseguida, y los pibes necesitan... ¡A los chicos los mantendría su padre igual que ahora carajo, eso no tiene nada que ver con nosotros!, además yo sé perfectamente lo que necesitan, por mí no te preocupes que me arreglo, y ya que estamos vos podrías buscarte otro laburo no te parece, matarte no te matás trabajando tampoco. A mí no me vengás a decir cuánto tengo que trabajar eh, cuidadito. ¡Pero mi amor, si lo digo porque esto nuestro no es tan difícil, pensalo! Sí Vero, lo pensé muchas veces y te digo que juntos no podemos vivir, eso ya lo sabés. ¡Pero por qué, explicame por qué! Porque no, porque no puedo. ¡Muy bien!, muy bien perfecto, como a vos te parezca, pero sabé una cosa: si no querés que estemos juntos después de tanto tiempo así, si no tenés coraje para dar un paso al frente, entonces yo te dejo. ¿Ah sí?, ¿de verdad? ¡Sí señor, de verdad! Uh, bue... ¡Cómo que uh, cómo que uh, te hablo muy en serio, no nos vemos nunca más! ¿Me estás diciendo que preferís cortar del todo, en vez de vernos algunos días como ahora? Exactamente, veo que entendiste. ¿O sea que para vos es todo blanco o todo negro? Lo que pasa es que vos no me vas a entender nunca, ay Dios mío, qué sola me dejás. Sola te quedás si querés Vero, por qué no nos calmamos y lo pensás mejor. Porque ya lo pensé demasiado, y si no puedo vivir como quiero, entonces prefiero no pensar que hay otra vida, chau Demetrio hasta siempre, en el fondo vos te quedás más solo porque no sabés querer a nadie.

## LIX

En el centro de la plaza, la fogata parecía un arbusto naranja maltratado por el viento. El viejo de Tacuarí la miró por última vez mientras daba media vuelta, cojeando. Le sangraba una ceja y le ardían las costillas. Dudó un instante. Pensó en regresar, pero lo disuadieron las miradas hostiles de los otros harapientos.

La 9 de Julio se veía tan inmensa y desolada que los cambios de luz de los semáforos parecían una burla o un error de la noche. Al fondo, el obelisco señalaba la escritura de un cielo borroso. El viejo de Tacuarí se subió el cuello del abrigo y echó a andar con dificultad. Aún podía oír cómo desde la plaza lo insultaban y festejaban su huida con la risa en cascada de los borrachos. Sin detenerse, bajó la vista y se miró los pies descalzos y mugrientos. Podía entender que le hubieran robado la comida y el banco de dormir, podía incluso entender que le hubieran dado una paliza por negarse a abandonar la plaza, pero ¿para qué querían ellos unas botas viejas, si no pensaban usarlas? Ni siquiera le habían permitido recuperarlas cuando uno de ellos, mientras él trataba de levantarse, las había lanzado a la avenida.

Ahora el viejo de Tacuarí bajaba por Independencia con los pies y los tobillos helados. Cada vez más lejana, entre siluetas de trapo, la fogata era un pájaro de luz que sacudía las alas sin levantar vuelo.

## LX

No muy lejos de su casa, en un pequeño local al oeste de Lanús, Demetrio había sido aprendiz de relojero. Contratado de diez a dos y de cuatro a ocho por el gordo Mascardi, su tarea al principio se había limitado a ordenar por tamaño los volantes, espirales, ruedas, muelles y coronas de repuesto; a efectuar minúsculas perforaciones en las correas de cuero para los relojes de pulsera; y, sobre todo, a limpiar los cristales y barrer bien el suelo al final de la jornada.

A medida que Demetrio se ganaba su confianza, el gordo Mascardi fue permitiéndole examinar el cuarzo de los relojes electrónicos o, si no había demasiado trabajo, le explicaba el asombroso funcionamiento de la última revolución, los atómicos de cesio. ¡El tiempo cambia con los tiempos, pibe!, exclamaba maravillado el gordo. Y, en lo que respectaba a Demetrio, tenía toda la razón: él había tenido que romper con su edad y crecer de golpe, tal como su madre había pronosticado. En esas predicciones, sin embargo, no figuraba que fuesen sólo dos en la casa.

Con su primer sueldo en la relojería, Demetrio le compró a su madre un televisor usado que, si se le aplicaban dos pinzas de ropa en la punta de las antenas y una tercera pinza en el sintonizador de canales, emitía una imagen bastante decente. Ella empezaba, por esos días, a recuperar la normalidad: se entretenía con las telenovelas, dormía algo por las noches, salía a hacer compras sola. Cuando Demetrio volvía del trabajo, comían juntos viendo las noticias y después hablaban de relojes o de Martín: jamás del padre. Hacía meses que, en el reconocimiento médico del servicio militar, habían declarado exento a Demetrio por tener los pies anómalamente planos. De cualquier forma, él ahora acababa de convertirse en el sustento económico del hogar y no hubiera estado obligado a cumplirlo como su hermano, que escribía contándoles sus planes de hacer carrera en el ejército y que ciertos problemas en el cuartel de Neuquén le impedían, por el momento, ir a visitarlos a Buenos Aires. Demetrio fumaba más que nunca. Los fines de semana seguía haciendo rompecabezas. Encima de su cama había colgado un póster de Marilyn Monroe que supervisaba, con sonrisa indesmayable, su solitaria vida sexual. Llevaba algún tiempo sin escribir cartas. De todos modos, ella nunca le había contestado.

Estuvo casi un año de aprendiz del gordo Mascardi. Como los antiguos ahorros se habían consumido y su sueldo no mejoraba, Demetrio empezó a frecuentar la capital hasta que, cierto mediodía, regresó a casa con un puesto de ayudante en una relojería de la calle Esmeralda. El desplazamiento era largo: un tren hasta Constitución, un autobús al centro, varias calles a pie hasta llegar a Esmeralda. Pero ahí le pagaban casi el doble que en Lanús. Demetrio, pese a todo, tenía un buen recuerdo del gordo Mascardi y de vez en cuando pasaba a visitarlo. El gordo lo recibía resonando igual

que una maraca, con los bolsillos del delantal azul colmados de engranajes y destornilladores diminutos, y lo invitaba a tomar unos mates. ¡El tiempo cambia con los tiempos, pibe! Aunque ya por entonces Demetrio comenzaba a sospechar que en la vida, para algunos, los tiempos no cambiaban nunca.

## LXI

A mí la libertad, qué querés que te diga, siempre me pareció una cosa que es mejor no buscarla si no la podés tener. Demetrio siempre rompía las bolas con eso, con que había que ser libre, como si, yo qué sé, como si uno pudiera agarrar y ¡zas!, mandar todo a la mierda. Perdoname querido le decía, yo prefiero pensar en darles de comer a mis pibes, pero él me llevaba cada vez menos el apunte y era imposible hablar, qué vasaser. Así le fue.

Alguna locura, eso es lo que debe haber hecho. El mozo del bar ya me había comentado algo, y cuando me di cuenta que se las había tomado así nomás, simplemente ¡chau!, faltó una mañana y otra y otra, y lo llamé y no contestaba, entonces agarré y lo fui a buscar a su casa. Estuve tocando el timbre un rato largo y volví preocupado, y a la noche lo llamé de nuevo por teléfono pero nada de nada. Varios días estuvimo sin saber, hasta que pude hablar con el dueño del departamento y ahí el tipo me contó que Demetrio le había dicho que se iba, que le había avisado de repente, hacía cinco, seis días, que le pagó la guita del mes y se mandó mudar nomás. Yo sabía que algo le andaba pasando, lo tengo bien junado y se notaba que el tipo andaba rumiando vaya a saber qué. Pero uno no se imaginaba esto, por algo éramo amigos y antes de desaparecer por lo menos me hubiera dicho algo ¿no te parece?, Negro mirá voy a largar el laburo, o me vuelvo al sur, cualquier cosa. Pero no, simplemente dejó todo y desapareció, qué me decís.

Eso sí, parece que de la casa no se llevó todo, quedaron platos, alguna ropa, frazadas, adornitos, ¡cigarrillos!, y eso que él no fumaba nunca que yo sepa, fasos no Negro que después no podés coger bien, se reía el guacho. Dejó bastantes cosas en el departamento, como si sólo se hubiera ido de viaje pero claro, eso no puede ser porque entonces para qué carajo le avisó al tipo que se iba, o por qué no dijo nada en la empresa o se pidió una licencia, las que son sin sueldo no es tan difícil que te las den. En realidá, ¿querés que te diga?, ni siquiera estamos seguros de qué se llevó de ahí, él era un tipo de guardar pocas cosas y en pilcha no gastaba, iba siempre con los mismos zapatos y con dos o tres pantalones que yo le conocía bien y esos sí estaban en el armario, a lo mejor tenía más o qué sé yo. O a lo mejor la casa estuvo siempre así, medio vacía. Y qué joder, al final a uno le duele que un amigo se las pique sin decirle nada, como si no habría confianza. Yo no lo critico ¡ojito!, cada loco con su vida, lo que pasa es que en casa lo apreciábamo mucho mentendés, yo no sé qué habrá hecho o si le pasó algo, eso nada más Dios lo sabe, pero mirá si acá en la familia lo queríamos que cuando mi mujer se enteró que Demetrio había desaparecido estuvo llorando todo el día, la pobre.

## LXII

Esperaba el cambio de color del semáforo con cierta expectación, como si se tratase de una cuestión de suerte. Bajo el brazo llevaba un paquete rectangular apresuradamente envuelto. La acera de enfrente quedaba fragmentada por el ruido y la velocidad. La luz de la mañana se rompía contra las azoteas y caía hecha pedazos sobre el sucio mosaico de la calle. Un perro se tomaba la molestia de cagar justo entre las dos primeras rayas del paso de cebra.

Demetrio tenía sueño, un sueño que le quemaba los párpados y le rodeaba entera la cabeza igual que un casco. El dolor en las sienas percutía al mismo ritmo de la sangre. Alzó la vista más allá del semáforo. Distinguió a varios obreros encaramados a un laberinto de andamios, realizando movimientos arácnidos entre los hierros, y detrás una fachada antigua con balcones y cariátides. De los grandiosos ventanales restaban apenas unos huecos que dejaban ver un interior derruido, pedazos de yeso colgando de unas paredes que seguían absurda, primorosamente empapeladas. Las cariátides decapitadas sostenían un peso que se había perdido. Donde debió haber estado la entrada principal caía una densa malla verde. En algunos salientes crecían, desorientados, parches de musgo. Demetrio vio que uno de los obreros se estiraba demasiado y estaba a punto de caer. Sus compañeros se acercaron, tejiendo, hacia donde se sostenía con un solo brazo, no muy confiado en la cuerda que unía su cintura al edificio.

El minúsculo peatón del semáforo comenzó a parpadear y, cuando Demetrio volvió a mirarlo, ya había mutado a verde con el sigilo de un camaleón. La gente ya cruzaba hacia un lado y hacia otro. Demetrio dudó si ponerse en marcha o quedarse contemplando a los hombres de los andamios. De pronto le pareció que toda la avenida lo observaba a él, paralizado ante el semáforo verde, pero volvió a mirar el musgo fresco de una cariátide, ahí, un leve musgo en sus axilas, y el semáforo empezaba a latir rápido, los automovilistas apretaban los volantes, toda la esquina vibraba preparándose para un rugido, y entonces Demetrio abordó abruptamente el paso de cebra. En cuanto pisó la otra acera, oyó pasar los motores lamiéndole la espalda.

En el centro del escaparate había un futbolín colocado en vertical, con todos los jugadores flotando. Alrededor había muñecas por un lado y pelotas por el otro. También ametralladoras láser, un equipo entero de supervivencia en caso de Vietnam y un surtido de espadas luminosas. Por encima pendían guirnaldas y coronas navideñas que confundían sus destellos con los de la calle. Debajo, entre muñecas rubias y un reflejo de balcones, como monstruosos hijos enanos, se veían figuras de troles y elfos.



Demetrio caminó entre cajas, bicicletas y más cajas. Se acercó al mostrador y apoyó el paquete que traía bajo el brazo. Una dependienta de ojos automáticos lo interrogó con la mirada y él señaló el mostrador. Ella observó el paquete y permaneció callada. Demetrio lo abrió con impaciencia y descubrió la caja de un puzle de quinientas piezas, que mostraba un crepúsculo sobre unas montañas a orillas de un gran lago. La dependienta se quedó absorta en el paisaje de la caja, en la inquietante permanencia del vaivén del agua. Él dio un pequeño golpe en la foto con la palma de la mano, y dijo: Tome, acá tiene, este no sirve. ¿Cómo no sirve?, ¿el rompecabezas, dice? Sí sí, está mal hecho. Eso sería muy raro, señor. Le digo que este rompecabezas está mal. ¿Y cómo está tan seguro? ¡Porque no puedo armarlo, no se forma, es la primera vez en veinte años que me pasa!

La dependienta pareció despertar o recibir una descarga. Lo miró espantada y se volvió, deslizándose como sobre ruedecitas, en busca de una mujer mayor que, tras un tenso diálogo con la dependienta, se ofreció a devolverle el importe a Demetrio. Con voz melosa y una sacudida de flequillo, le propuso también cambiar de puzle. Pero Demetrio contestó que no, que no quería, y recogió el dinero y se fue sin decir buenos días.

## LXIII

Martín les había escrito anunciándoles que los visitaría a la semana siguiente. Por alguna ironía del correo, su madre y su hermano recibieron la carta, sellada en Neuquén, el mismo día de su llegada. En ella Martín les especificaba que no era necesario que fuesen a buscarlo y que tomaría un taxi desde la terminal de Constitución.

Hacía mucho tiempo que Demetrio no veía a su hermano. No había vuelto a casa desde el primer verano de servicio militar. Tampoco al enterarse de la muerte de su padre. En el entierro, la madre había llorado por dos ausencias distintas, por dos huecos opuestos. A Demetrio, en cambio, no lo había sorprendido tanto la decisión de Martín. No asistir a la ceremonia había sido igual que hacerse expulsar de la escuela, elegir la ropa que más escandalizaba a la familia, gastar sus mensualidades en una motocicleta o desaparecer con sus amigos durante unas vacaciones: se trataba de desairar a un padre que lo había nombrado, sin consultárselo jamás, heredero forzoso de su autoridad. Demetrio había crecido entre la adoración por aquella figura poderosa y la responsabilidad de asumir sus funciones. En los enfrentamientos familiares, no siempre había logrado resistir la tentación de alinearse con el padre. Su hermano mayor había reaccionado reprochándole que, en definitiva, el traidor era él: por culpa de su excesivo sometimiento, la familia había terminado siendo tal como el padre les había exigido que fuera, pero con un miembro menos.

Esa mañana Demetrio y su madre discutieron durante el desayuno. La carta de Martín, equidistante, reposaba en el centro de la mesa. Al principio, ella declaró su intención de negarse a recibir al hijo ingrato. Demetrio no tardó en convencerla, sin embargo, de que era la oportunidad de hablar y reconciliarse. A lo mejor él también pide disculpas, le dijo, sin ocultar cuánto deseaba reencontrarse con Martín ni percatarse de lo elocuente que resultaba ese *también*.

Al regresar del trabajo, Demetrio comprobó que su madre no sólo había cambiado de opinión, sino que además había preparado una de las tartas de queso que tanto le gustaban a Martín. Demetrio prefirió no recordarle que en realidad era él mismo, no su hermano, quien de niño solía pedir esa tarta. Estoy tan nerviosa, hijo, dijo su madre abrazándolo en la cocina con los ojos nublados.

Poco después, a las nueve menos cinco de la noche, Martín franqueó la puerta con paso decidido. Se detuvo ante su madre, se dejó besar varias veces y luego avanzó hasta Demetrio, que lo esperaba sin saber si tenderle la mano con prudencia o correr a abrazarlo. La cara de su hermano había cambiado. O, mejor dicho, habían cambiado los gestos, la expresión general; mientras que el rostro, a excepción de su barba de dos días, permanecía tal como Demetrio lo recordaba. Su hermano estrelló el pecho

amplio contra el suyo, palmeándole vigorosamente la espalda. Cuando Demetrio quiso corresponderle, Martín ya había separado el cuerpo y se había cuadrado frente a la sala, como en espera de la orden para tomar asiento. Su madre intentó descargarle la mochila, pero Martín le apartó el brazo con moderada energía y volcó su equipaje sobre el sofá. Vestido con el uniforme y las botas militares, Martín parecía alto, mucho más alto que su padre.

Cenaron entre preguntas discretas y silencios elocuentes. Martín respondía a todo con solicitud y desapego, como si estuviera emitiendo un informe oficial de sus actividades. Se encontraba satisfecho con su puesto en el cuartel. Al concluir el servicio lo habían designado cabo de escuadra, y pronto lo ascenderían a cabo primero. Las rutinas militares favorecían su salud. Demetrio advirtió cómo su madre procuraba, con cautela y sin éxito, orientar la conversación hacia el pasado, hacia Bariloche. Pero todo el cuidado de su madre, y también todas las suposiciones de Demetrio, se derrumbaron en cuanto Martín, probando sin demasiada gana la tarta de queso recién salida del horno, preguntó de golpe: ¿Y exactamente cómo murió el viejo, entonces?

Antes de acostarse, los dos hermanos se sentaron a charlar en la cocina. Sobre la mesa había una botella de vino tinto y un sifón de soda. Demetrio supo que Martín había conocido a una chica de Río Negro y que estaban en pareja desde hacía más de un año. Por eso no venías ¿eh?, le dijo intentando transmitirle alguna complicidad. No Demetrio, contestó su hermano, ella me convenció de que viniera. Demetrio se sirvió otro vaso de vino; Martín apenas había tocado el suyo. Si no fuera por ella no habría pensado tanto en esto, y además viendo a mamá, pienso que hice bien en venir ahora. Hubieras hecho bien en cualquier momento Martín, no seas pelotudo. Pará un poquito Deme, vos ni te imaginás lo que me costó decidirme, a lo mejor te extraña porque nunca te fuiste, siempre estuviste acá protegido, en cambio ahora... En cambio ahora qué Martín, en cambio ahora qué, no te das cuenta de que podrías haber vuelto mucho antes y todo hubiera sido más fácil. ¿Y vos no te das cuenta de que esta vez no es igual que cualquier otra vez, porque mamá está mucho más vieja que hace unos años? Demetrio no contestó; se quedaron callados durante un rato. Mirá Demetrio, vos y yo podríamos haber cambiado un montón de cosas en esta familia, pero vos elegiste quién tenía que salir perdiendo, papá o yo, vos me dejaste solo y ahora son ustedes los que están solos, así que cuidá bien a la vieja y devolvele todos los sacrificios, yo estoy sin deudas y por eso estoy fenómeno, siempre es así la cosa, algún día lo vas a entender.

## LXIV

Iba con un jersey de lana negra y una bufanda gris alrededor del cuello sin afeitar. Descoloridos, los vaqueros se adaptaban frágilmente a sus piernas y sus ingles. Calzaba unas botas de suela mínima, ya sin olor a cuero, desfiguradas por la paciencia. Demetrio iba sintiendo la calle mientras la pisaba. Esa tarde se había vestido con cuidado.

Cargaba una mochila color caqui de las que hacía tiempo no se vendían. La llevaba colgada de un hombro y avanzaba un tanto ladeado. La mochila golpeaba en un bolsillo de los vaqueros, haciendo sonar unas cuantas monedas. Las llaves, pensó alarmado por pura costumbre. Se palpó el otro bolsillo y entonces recordó que esta vez no las traía. Chasqueó la lengua. La boca le sabía a café y le molestaba, tenía sed.

Se detuvo a esperar el semáforo de la avenida San Juan. Mientras pasaban los coches, se acomodó la mochila en la espalda y tiró de las cintas. Dentro había varias cajas con rompecabezas armados, esmeradamente pegados sobre planchas de cartón: el de la posada alpina, la cabaña frente a un lago, el lago junto a un gran pinar, el cielo violeta por encima de unos picos, las lanchas acercándose a un bosque de arrayanes. También llevaba algo de abrigo y una billetera. Los coches se detuvieron. A lo lejos volaba una sirena de policía o de bomberos o de ambulancia. Demetrio cruzó la avenida. Se adentró en Bolívar, donde vio menos gente que gatos. Consultó su reloj y cruzó al bar.

El camarero era asombrosamente el mismo de las mañanas, la penumbra era la misma, el olor a amoníaco, el vacío del recinto eran los mismos. Se acodó en la barra, pidió un café con leche y de inmediato dijo que no, que mejor un *whisky* doble. Qué sorpresa verlo a esta hora, caballero. Sí. ¿Y qué anda haciendo por acá? Paseando nada más. ¿Y la mochila? Demetrio interceptó el vaso antes de que tocara la barra. ¿Esta mochila dice? ¿Se va de viaje? Eso, de viaje. Mire qué suerte, me alegro por usted. Sí. El *whisky* era barato. Demetrio se lo bebió rápido y se levantó. Cuánto le debo. Y, no sé, por ser usted, lo mismo que un cafecito y una tostada nomás. El camarero le guiñó un ojo y se enderezó el cuello manchado de la camisa. Le agradezco, ¿y sabe qué?, en realidad vine a despedirme. Muy amable caballero, buenas tardes y que tenga buen viaje, va a ser raro verlo a su amigo desayunando sin usted. Demetrio no contestó mientras abría la puerta y se enfrentaba al frío.

Bajó del autobús. Subió durante un rato por una cuesta asfaltada. No va a haber muchas estrellas, pensó mirando hacia arriba. Después de recorrer un último tramo de tierra, alcanzó algo agitado las instalaciones del vertedero. No se apreciaba ningún movimiento en sus inmediaciones. Se acomodó la bufanda. Dobló por un camino de cemento hasta que divisó el hangar y, al fondo, la gran masa. Apretó el paso. Desde

ese ángulo de las afueras de la ciudad, en el pedestal de los desperdicios, ya no se veía el sol. La temperatura seguía bajando. El aire parecía trasladar motas de hedor congeladas. Se detuvo unos metros antes de la boca del hangar. Desde el interior llegaban notas sueltas de un tango de Manzi, siempre tango: el vigilante, que solía reclinar la silla contra la pared de su cubículo para escuchar la radio, permanecía inmóvil y con cara de añorar demasiadas cosas. Demetrio supuso que si pasaba frente a él con naturalidad el viejo no le haría preguntas, pero por si acaso decidió rodear el recinto.

Su perímetro resultó mayor de lo que había calculado. Por un momento tuvo la sensación de haberse equivocado de lugar, de estrategia, de noche, de que aquel no podía ser el mismo hangar de siempre, ese lugar sucio y familiar. Justo cuando el muro se le hacía ya interminable, su longitud se agotó. Demetrio giró a la izquierda y, al cabo de un rato, otra vez a la izquierda. El otro muro le pareció en cambio demasiado corto. ¿El hangar tenía forma de trapecio? No supo contestar, pese a los años que llevaba conociéndolo por dentro. Miró hacia atrás, no vio el final, sintió más frío. Se apretó la mochila. Recorrió el último trecho y volvió a escuchar una voz resfriada que cantaba sobre el desamparo de las noches y el amante rico de alguna antigua novia. Vio el camino de cemento por el que había venido antes y lo retomó, avanzando hacia la mole hedionda que también parecía ir a su encuentro. En medio de la noche recién caída, creyó oír un rumor como de agua golpeando piedras. Se puso a escuchar mejor y se dio cuenta de que era más bien una máquina removiendo basura. O quizá nada, sólo el gruñido general de la ciudad allá abajo, extendida como una bestia indolente. En ese instante advirtió que había dejado de oírse el tango y le pareció que había estado caminando sin la menor conciencia. Se volvió y divisó el pequeño hangar en la lejanía.

A medida que se acercaba al final del camino de cemento, las vaharadas se hacían más fétidas. Jamás había estado tan al borde del basural. Demetrio no entendía por qué de golpe el aire se cargaba de sonidos, un camión que no se veía, unos grillos, un crujir cercano como de huesos o pequeñas piezas agitándose en una caja. Miró con atención al frente y vio la mole en todos sus detalles, el lomo irregular, la superficie abultada como una montaña de heridos que se revuelven o que dejan de moverse, y entonces era más bien la fosa común de todas las ciudades por la noche, ¿qué hora era?, le llamó la atención que, a la luz desmayada de los focos y de la luna borrosa tras las nubes, los destellos de los vidrios enterrados fueran todos verdes, ¿qué había en realidad dentro de los millones de bolsas?, ¿cuáles serían suyas?, ¿podría rescatarlas? El cemento se interrumpió y entonces pisó tierra húmeda. Bajo sus pies, a escasos metros, respiraba toda la excrecencia del mundo. La vista se le perdía en un horizonte de fragmentos misteriosamente organizados, de incontables cabezas asomadas desde la tierra hacia la noche, buscando algo de oxígeno. A Demetrio le costaba entender, Dios santo, cómo podía haber tanta, tanta mierda. Más que moverse como criaturas individuales, los desperdicios lo hacían con cierta tendencia a

fusionarse, era tan uniforme todo, el nailon, la roña y el silencio, la convulsión venía de abajo, de muy profundo, él lo intuía en sus pies helados, era un temblor verde y subterráneo que tejía una piel, la de la Mierda Única, un mar de ahogados. Miró muy fijo al epicentro del monstruo: un mar o acaso un lago prehistórico, de nombre imposible, y la noche iluminó con lenta luz la superficie del Nahuel Huapi, olía a humedad, a piedra, la tierra oscura cedía y emanaba, el cielo y el agua se gruñían como dos osos rivales, el frío endurecía sus colores. Dio dos pasos más y quedó casi al filo, respiró una brisa compuesta de diminutas brisas y la noche estaba a punto de suceder, había como un músculo temblando bajo la humedad. Se dio cuenta de que algo resbalaba por sus hombros y dejaba de existir un peso, sin embargo las estrellas eran de un metal densísimo y las cargaba en los ojos, bajó la cabeza y ahí yacía todo, él también, qué hora podía ser ya, no había hora, todo se iba al mismo tiempo, un leve mareo, las sienes encogiéndose, temblaban las lagartijas y aún se escuchaba el ronquido de la bestia, era cuestión de esperar, palpitaba, tenía sus métodos, la bestia. No había habido nunca una ciudad abajo, ¿pies?, ¿qué pies?, sólo sabía que entre jirones de nailon emergían dos gatos que jugaban a arañarse y a quererse mezclando sus colores, se metían en dos bolsas y salían por otras dos, ¿o a lo mejor había un gato escondido en cada bolsa?, se adivinaba un roce como de pétalos sobre un sendero embarrado. De pronto sintió más frío y trató de concentrarse en un fragmento aislado de las nubes, en un ramillete de gases plásticos y recortados. La marea subía. Con los tobillos entumecidos, se tambaleó un poco y le pareció que los destellos de los vidrios habían sido un engaño: ¡las estrellas!, eran estrellas flotando como espuelas sobre el lago, era la superficie horadada del agua y junto a la orilla de pronto ella, el camisón hecho jirones y la piel gastada como un nailon viejo, el rostro oscuro pero aún hermoso, maullando, pero por Dios, qué hora era. Por fin aquel cuerpo de papiros se fue hundiendo poco a poco entre las bolsas, con un ruido de máquinas y lodo, y él oyó que lo nombraban, volvió a escuchar un ahogado rumor familiar, la tos lejana de un hombre que quería protegerlo, y después nada salvo el frío, el lago, la brisa hecha de brisas diminutas. Sintiendo cómo aumentaba el palpar de las sienes, Demetrio recogió su mochila y acudió con los ojos cerrados, hasta que en medio de la noche se escuchó el rumor celeste de una zambullida.

## LXV

El agua pulsa la orilla con sigilo, como una piedra que, al caer, perdurase en un sonido suspenso y ondulante. El crujir de los grillos aturde el aire, las luciérnagas tejen pequeños resplandores. Los arrayanes tiemblan ligeramente y desprenden un perfume a madera humedecida. El frío se extravía bosque adentro. La tierra va espesándose hasta desembocar en la orilla pedregosa, donde el agua golpea con destellos de plata. En el telón del cielo, las monedas giran sobre su eje. El ocre de los troncos se oculta tras la sombra. La maleza recorre ensortijada el olvido, mientras una figura en camisión, espectral y obsesionante, cruza rápido entre los arrayanes como el único azar de un tiempo inmóvil.

*Granada, noviembre de 1996-abril de 1999*

*Revisado, octubre de 2014-marzo de 2015*



ANDRÉS NEUMAN (1977) pasó su infancia en Buenos Aires. Hijo de músicos argentinos emigrados, terminó de criarse en Granada. Es autor de las novelas *Bariloche* (Finalista del Premio Herralde y una de las revelaciones del año según *El Cultural*), *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina* y *El viajero del siglo* (Premio Alfaguara, Premio de la Crítica y elegida entre las novelas del año por los críticos de *El País*, *El Mundo* y los diarios holandeses *NRC* y *Volkskrant*). Ha publicado también los libros de cuentos *El que espera*, *El último minuto*, *Alumbramiento* y *Hacerse el muerto*; los aforismos *El equilibrista*; el libro de viajes por Latinoamérica *Cómo viajar sin ver*; y poemarios como *El jugador de billar*, *El tobogán* (Premio Hiperión), *Mística abajo*, *Patio de locos* o *No sé por qué*. El volumen *Década* recopila su poesía. Ha sido traducido a doce idiomas, y *El viajero del siglo* fue elegido entre los libros del año también por *The Guardian*, *The Independent* y *Financial Times*. Formó parte de la lista *Bogotá 39* y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre *Los 22 mejores narradores jóvenes en español*. Escribe en su blog *Microrréplicas*.